

Domingo IV de Adviento (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilías en Santa Marta, Enc. Lumen Fidei, 58-59, Ángelus 15.VIII.15
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2006, 2009 y 2012
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Mons. Ramón MALLA i Call** Obispo Emérito de Lleida (Lleida, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL MENSAJE SE CUMPLIRÁ

Mi 5, 1-4; Hb 10,5-10; Lc 1,39-45

Los israelitas que modelaron su vida conforme a las enseñanzas de la Torah y que se mantenían fieles a la alianza, eran personas justas que habían asimilado las esperanzas y promesas que Dios había comunicado por mediación de profetas como Miqueas o Isaías. El nombre de Belén estaba asociado con la persona del más amado de los reyes de Israel, David. No se podía comprender la salvación sin la figura de un soberano justo y sabio, ocupado de la paz y la tranquilidad de su pueblo. Todo eso sonaba como un eco en el corazón de María, cuando recibió el anuncio del ángel. Convencida que Dios la había honrado con aquella maternidad que daría un salvador a Israel, se dispuso a arriesgar su vida y su reputación. No era fácil ser madre, sin estar unida al marido prometido, en aquella sociedad androcéntrica y patriarcal.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 45, 8

Cielos, destilen el rocío; nubes, lluevan la salvación; que la tierra se abra y germine el salvador.

No se dice **Gloria**

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que infundas tu gracia en nuestros corazones, para que, habiendo conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por medio de su pasión y de su cruz, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

De ti saldrá el jefe de Israel.

Del libro del profeta Miqueas: 5, 1-4

Esto dice el Señor: “De ti, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel, cuyos orígenes se remontan a tiempos pasados, a los días más antiguos.

Por eso, el Señor abandonará a Israel, mientras no dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos se unirá a los hijos de Israel. Él se levantará para pastorear a su pueblo con la fuerza y la majestad del Señor, su Dios. Ellos habitarán tranquilos, porque la grandeza del que ha de nacer llenará la tierra y él mismo será la paz”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 79, 2ac.3c. 15-16. 18-19

R/. Muéstranos tu favor y sálvanos.

Escúchanos, pastor de Israel; tú que estás rodeado de querubines, manifiéstate; despierta tu poder y ven a salvarnos. **R/.**

Señor, Dios de los ejércitos, vuelve tus ojos, mira tú viña y visítala; protege la cepa plantada por tu mano, el renuevo que tú mismo cultivaste. **R/.**

Que tu diestra defienda al que elegiste, al hombre que has fortalecido. Ya no nos alejaremos de ti; consérvanos la vida y alabaremos tu poder. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad.

De la carta a los hebreos: 10, 5-10

Hermanos: Al entrar al mundo, Cristo dijo, conforme al salmo: No quisiste víctimas ni ofrendas; en cambio, me has dado un cuerpo. No te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado; entonces dije —porque a mí se refiere la Escritura—: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad”.

Comienza por decir: “No quisiste víctimas ni ofrendas, no te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado” —siendo así que eso es lo que pedía la ley—; y luego añade: “Aquí estoy, Dios mío; vengo para hacer tu voluntad”.

Con esto, Cristo suprime los antiguos sacrificios, para establecer el nuevo. Y en virtud de esta voluntad, todos quedamos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez por todas.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 1, 38

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho. **R/.**

EVANGELIO

¿Quién soy para que la madre de mi Señor venga a verme?

Del santo Evangelio según san Lucas: 1, 39-45

En aquellos días, María se encaminó presurosa a un pueblo de las montañas de Judea y, entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la criatura saltó en su seno.

Entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno. Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice **Credo**

PLEGARIA UNIVERSAL

Pidamos, hermanos, el auxilio del Señor, para que, apiadado del pobre y del oprimido, venga a salvar al mundo de sus males: Digamos confiadamente: Ven Señor Jesús.

- 1.** Para que todos los fieles se dispongan a recibir a Cristo como lo recibió María y como ella conserven sus palabras en el corazón, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que aquellos hermanos nuestros que han abandonado las prácticas cristianas pero acudirán a la iglesia en las próximas fiestas de Navidad descubran la buena noticia del Evangelio, no como un rayo fugaz en la noche, sino como luz permanente que ilumina y alegra toda la vida, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que las fiestas del nacimiento del Señor, alejen las tinieblas de quienes viven sumergidos en dudas e incertidumbres y colmen los deseos de quienes se sienten descorazonados y tristes, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que el nacimiento de Cristo nos ayude a renunciar a los deseos mundanos y a vivir sobria y honradamente, esperando la aparición definitiva del Señor, *roguemos al Señor.*

Dios nuestro, que elegiste como templo de tu permanencia a María, la humilde hija de Israel, escucha nuestras plegarias y concédenos vivir siempre plenamente adheridos a tu voluntad, imitando la obediencia del Verbo, que vino al mundo a cumplir las Escrituras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que santifique, Señor, estos dones, colocados en tu altar, el mismo Espíritu que fecundó con su poder el seno de la bienaventurada Virgen María. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio II o IV de Adviento

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Is 7, 14

Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien le pondrá el nombre de Emmanuel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido esta prenda de redención eterna, te rogamos, Dios todopoderoso, que, cuanto más se acerca el día de la festividad que nos trae la salvación, con tanto mayor fervor nos apresuremos a celebrar dignamente el misterio del nacimiento de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Cuando se agrava la situación de crisis nacional tanto por la inseguridad, la inequidad social como por la ilegalidad y la corrupción, resulta incomprensible que los políticos de todos los partidos, reaccionen con tanto cinismo e indiferencia ante los graves problemas que enfrentamos. Los problemas pueden esperar, finalmente ellos siguen disponiendo de enormes privilegios. Se exhiben de cuerpo entero, como ávidos de los beneficios del poder e insensibles ante los reclamos de los gobernados. Están a años luz de la profecía de Miqueas que profetiza la llegada de un gobernante que dará seguridad al pueblo. La esperanza permanente que Israel no se dejó arrebatar era que llegaría un gobernante justo y recto que renovarían la sociedad. Nosotros no esperamos figuras mesiánicas que regeneren nuestras instituciones políticas. Sin embargo, en esta sociedad que aspira a vivir en democracia, los ideales del buen gobernante siguen siendo referentes para que los cristianos que participan profesionalmente en la política, sirvan al pueblo como Dios manda.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El Mesías nacerá en Belén (Mi 5,1-4a)

1ª lectura

El horizonte, entenebrecido por unos momentos en los versículos precedentes (4,9-14), vuelve a abrirse alegre con el anuncio de un «dominador», o gobernante en Israel, que ha de nacer, «salir», de Belén, una ciudad de la región de «Efrata» (Gn 35,16). Con frecuencia se distingue la región de su ciudad más importante (1 S 17,12), pero en algunos textos ambas se identifican (Gn 35,19).

En el estilo típico de los oráculos de salvación abundan los contrastes: el rey anunciado tendrá comienzos humildes, puesto que nacerá en una ciudad pequeña («tan pequeña» podría también traducirse como «la más pequeña», v. 1), pero serán comienzos honrosos, puesto que Belén es la cuna de David y, por tanto, el lugar que confirmaba la pertenencia al linaje davídico; será de origen muy antiguo, pero para percibir su presencia habrá que esperar a que «dé a luz la que tiene que dar a luz» (v. 2); se limitará a reunir a sus hermanos, pero su acción benéfica alcanzará los confines de la tierra (v. 3). Todos estos datos no pueden referirse al monarca contemporáneo al profeta, sino al futuro rey-Mesías. El texto contiene muchos elementos relacionados con los pasajes mesiánicos de Isaías (7,14; 9,5-6; 11,1-4) y también con los que anuncian un futuro descendiente de David (2 S 7,12-16; Sal 89,4).

La tradición judía vio en el texto de Miqueas un vaticinio mesiánico, como ha quedado reflejado en varios pasajes del Talmud (*Pesajim* 51,1 y *Nedarim* 39,2). El Nuevo Testamento contiene algunas alusiones claras, como la recogida en el *Evangelio de San Juan*, que muestra la opinión que tenían los contemporáneos de Jesús sobre la procedencia del Mesías: «¿Acaso el Cristo viene de Galilea? ¿No dice la Escritura que el Cristo viene de la descendencia de David y de Belén, la aldea de donde era David?» (Jn 7,40-42); pero sobre todo en el primer evangelio se aplica este

texto directamente a Jesús, nacido en Belén (Mt 2,4-6): el evangelista modifica sutilmente la calificación de la ciudad de David (dice «*ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá*», en lugar de «eres la menor...» del texto de Miqueas), con la intención de ensalzar más la figura de Jesús-Mesías.

Siguiendo esta interpretación del *Evangelio de San Mateo*, la tradición cristiana ha visto en el pasaje de Miqueas el anuncio del nacimiento de Jesús en Belén. Son abundantes las explicaciones de los Santos Padres que intentaban convencer a los judíos de que Jesús es el verdadero Mesías esperado. Así lo mostraba Tertuliano: «Puesto que los hijos de Israel afirman que nosotros erramos al recibir a Cristo, que ya vino, mostrémosles desde las mismas Escrituras que el Cristo anunciado ya ha venido (...). Era necesario que Él naciese en Belén de Judá pues así está escrito en el profeta: *Y tú, Belén, no eres la más pequeña...*» (*Adversus iudaeos*, 13). San Ireneo, por su parte, escribía: «A su vez, el profeta Miqueas dice también el lugar donde el Cristo debía nacer, a saber, en Belén de Judá, cuando se expresa así: *Y tú, Belén de Judá, tú no eres insignificante entre los jefes de Judá, porque de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo Israel*. Pero Belén es también el país de David, de suerte que Él es de la descendencia de David, no sólo por la Virgen que lo ha dado a luz, sino también en cuanto que nació en Belén» (*Demonstratio praedicationis apostolicae* 63).

Aquí vengo para hacer tu voluntad (Hb 10,5-10)

2ª lectura

La eficacia del sacrificio de Cristo radica en la obediencia perfecta a la voluntad del Padre (cfr 5,9). Ésta es la razón de la Encarnación, a la que se alude en los vv. 5-7 con una cita del Sal 40 según la versión griega. Por eso, la liturgia de la Iglesia recuerda este texto (vv. 4-10) en varios momentos, especialmente en la solemnidad de la Anunciación del Señor. «[Las palabras del salmo] nos hacen como penetrar en los abismos insondables de este abajamiento del Verbo, de este humillarse por amor de los hombres hasta la muerte de Cruz (...) ¿Por qué esta obediencia, por qué este abajamiento, por qué este sufrimiento? Nos responde el Credo: “*Propter nos homines et propter nostram salutem*: por nosotros los hombres y por nuestra salvación” Jesús bajó del cielo para hacer subir allá arriba con pleno derecho al hombre, y, haciéndolo hijo en el Hijo, para restituirlo a la dignidad perdida con el pecado (...). Acojámosle. Digámosle también nosotros: Aquí estoy, vengo a hacer tu voluntad» (Juan Pablo II, *Audiencia general*, 25-III-1981).

La Visitación de María a Isabel (Lc 1,39-45)

Evangelio

Contemplamos ahora la grandeza de María desde otros puntos de vista. Isabel, llena del Espíritu Santo, proclama que María es «madre de mi Señor» (v. 43). Pero ser «madre de Dios» es también objeto de fe para María, y por ello es felicitada por Isabel (v. 45). Sin embargo, la fe de la Virgen traspasa la mera virtud personal, pues da origen a la Nueva Alianza: «Como Abrahán “*esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones” (Rm 4,18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen, (...) *creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel» (Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n. 14).

La montaña de Judea dista unos 130 km de Nazaret. Según una tradición que se remonta al siglo IV, la casa de Zacarías estaba en el actual pueblo de ‘Ayn-Karîm, a unos 8 km al oeste de Jerusalén. Allí el niño Juan salta de gozo en el vientre de su madre. Teólogos antiguos y modernos han visto en esa acción un indicio de la santificación del Bautista en el vientre de su madre: «Considera la precisión y exactitud de cada una de las palabras: Isabel fue la primera en oír la voz,

pero Juan fue el primero en experimentar la gracia, porque Isabel escuchó según las facultades de la naturaleza, pero Juan, en cambio, se alegró a causa del misterio. Isabel sintió la proximidad de María, Juan la del Señor; la mujer oyó la salutación de la mujer, el hijo sintió la presencia del Hijo; ellas proclaman la gracia, ellos, viviéndola interiormente, logran que sus madres se aprovechen de este don hasta tal punto que, con un doble milagro, ambas empiezan a profetizar por inspiración de sus propios hijos» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Feliz la que ha creído

Es normal que todos los que quieren ser creídos corroboren las razones que les den crédito. También el ángel que anunciaba los misterios, para inducir a creer por un hecho, ha anunciado a María, una virgen, la maternidad de una esposa anciana y estéril, mostrando de este modo que Dios puede hacer todo cuanto le agrada. Desde que oyó esto María, no como incrédula del oráculo, ni como insegura del anuncio, ni como dudosa del hecho, sino alegre en su deseo, para cumplir un piadoso deber, presurosa por el gozo, se dirigió hacia la montaña. Llena de Dios, ¿podía ella no elevarse presurosa hacia las alturas? Los cálculos lentos son extraños a la gracia del Espíritu Santo

Aprended también, piadosas mujeres, con qué apresuramiento habéis de ayudar a vuestras parientes que han de ser madres. María, que antes vivía sola en su retiro más estricto; no la retiene ahora de aparecer en público el pudor virginal, ni de su intento la aspereza de las montañas, ni de prestar su servicio la longitud del camino. La Virgen se dispone a subir las montañas, la Virgen que piensa servir y olvida su pena; su caridad la da fuerza y no el sexo; deja su casa y marcha.

Aprended, vírgenes, a no corretear por casas ajenas, a no entretenerse en las plazas, a no prolongar la conversación en las vías públicas. María es tranquila en casa y se apresura en el camino. Permaneció con su prima tres meses; pues, habiendo venido para hacer un servicio, le salía del corazón. Permaneció tres meses, no por el placer de estar en una casa extraña, sino porque le desagradaba mostrarse en público con frecuencia.

Aprendisteis, vírgenes, la delicadeza de María; aprended también su humildad. Ella viene como una parienta a su parienta, como la más joven a la más anciana, y no sólo viene, sino que es la primera en saludar; conviene, en efecto, que cuanto más casta es una virgen, sea también más humilde; aprenda a honrar a las ancianas; que sea maestra de humildad la que hace profesión de castidad. Hay aquí un motivo de piedad, hay también una enseñanza doctrinal: hay que subrayar, en efecto, que la superior viene a la inferior para ayudar a la inferior: María a Isabel, Cristo a Juan; más tarde, para consagrar el bautismo de Juan, Cristo ha venido a este bautismo (Mt 3,13). En seguida se manifiestan los beneficios de la llegada de María y de la presencia del Señor: pues *es el momento de oír Isabel el saludo de María, el niño dio saltos en su seno, y ella fue llenada del Espíritu Santo.*

Considera la elección y precisión de cada una de las palabras. Isabel es la primera a oír la voz, pero Juan es el primero a sentir la gracia; aquélla, siguiendo el orden natural, ha oído; éste ha saltado bajo el efecto del misterio; ella ha percibido la llegada de María, éste la del Señor: la mujer la de la mujer, el hijo la del hijo; ellas proclaman la gracia; ellos la realizan, abordando el misterio de la misericordia en beneficio de sus madres; y, por un doble milagro, las madres profetizan bajo la inspiración de sus hijos. El hijo ha saltado de gozo, la madre ha sido llenada; la madre no ha sido llenada antes que su hijo, sino que su hijo, una vez lleno del Espíritu Santo, ha llenado también a su madre. Exultó Juan, exultó también el espíritu de María. Al saltar de gozo Juan, Isabel es llenada. Sin embargo, no conocemos que María fuese llenada del Espíritu, sino que su espíritu exultó —El, que

no puede ser comprendido, obraba en María de un modo incomprensible—. En fin, ella fue llenada después de haber concebido, ésta antes de concebir.

Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?

El Espíritu Santo conocía su palabra y no la olvida jamás, y la profecía se realiza no sólo en los hechos milagrosos, sino en todo el rigor y propiedad de los términos. ¿Cuál es este fruto del vientre, sino Aquel del que se ha dicho: *He aquí que el Señor da por herencia los hijos, recompensa del fruto del seno?* (Ps 126, 3). Es decir, la herencia del Señor son los hijos, precio de este fruto que nació del seno de María. Él es el fruto del vientre, la flor de la raíz, de la cual profetizó Isaías al decir: *Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y la flor brotará de la raíz;* la raíz es la raza judía; el tallo, María; la flor de María, Cristo, que, como el fruto del buen árbol, según nuestros progresos en la virtud, ahora florece, ahora fructifica en nosotros, ahora renace por la resurrección del cuerpo.

¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? No habla como una ignorante — sabía ella que existía la gracia y la operación del Espíritu Santo, para que la madre del profeta fuese saludada por la madre del Señor para provecho de su hijo—, sino que ella reconocía que es esto el resultado, no de un mérito humano, sino de la gracia divina. Dice así: *¿De dónde a mí?*, es decir, ¿qué felicidad me llega que la Madre de mi Señor viene a mí? Yo reconozco que no tengo nada que esto exija. *¿De dónde a mí?* ¿Por qué justicia, por qué acciones, por qué méritos? No son diligencias acostumbradas entre mujeres *que la Madre de mi Señor venga a mí*. Yo presiento el milagro, reconozco el misterio: la Madre del Señor está fecundada del Verbo, llena de Dios.

Porque he aquí que, como sonó la voz de tu salutación en mis oídos, dio saltos de alborozo el niño en mi seno. Y dichosa tú que has creído.

Observas que María no dudó, sino que creyó, y por eso ha conseguido el fruto de la fe. *Bienaventurada tú, dice, que has creído.* ¡Mas también sois bienaventurados vosotros que habéis oído y creído!, pues toda alma que cree, concibe y engendra la palabra de Dios y reconoce sus obras. Que en todos resida el alma de María para glorificar al Señor; que en todos resida el espíritu de María para exultar en Dios. Si corporalmente no hay más que una Madre de Cristo, por la fe Cristo es fruto de todos: pues toda alma recibe el Verbo de Dios, a condición de que, sin tacha, preservada de vicios, guarde castidad en una pureza sin detrimento.

Toda alma que llega a este estado engrandece al Señor, como el alma de María ha engrandecido al Señor y como su espíritu ha saltado de gozo en el Dios Salvador. El Señor es efectivamente engrandecido, como en otra parte has leído: *Engrandece al Señor conmigo* (Ps 33,4); no que la palabra humana pueda añadir alguna cosa al Señor, sino que Él es engrandecido en nosotros; pues *Cristo es la imagen de Dios* (2 Cor 4,4; Col 1,15) y, por lo mismo, el alma que hace obra justa y religiosa engrandece esta imagen de Dios, a cuya semejanza ha sido creada, y, al engrandecerla, participa en cierto modo de su grandeza y se hace más sublime; parece reproducir en ella esta imagen por los brillantes colores de sus buenas obras y por la semejanza de la virtud. Luego el alma de María engrandece al Señor y su espíritu salta de gozo en Dios porque, ofrecida el alma al Padre y al Hijo, ella venera con un piadoso amor al Dios único, de quien vienen todas las cosas, y al único Señor, por quien son hechas todas las cosas (cf. 1 Cor 8,6).

Sigue la profecía de María, cuya plenitud responde a la excelencia de su persona. No es sin motivo, parece, que Isabel profetice antes del nacimiento de Juan y María antes del nacimiento del Señor; pues ya comienzan los preparativos de la salvación humana. Pues así como el pecado comenzó por las mujeres, el bien debía comenzar también por las mujeres, a fin de que las mujeres,

deponiendo sus costumbres femeniles, renuncien a su debilidad, y que el alma, que no tiene sexo, como María, que no conoció el error, se aplique religiosamente a imitar su castidad.

María permaneció con ella tres meses y volvió a su casa. Bien se nos dice que María prestó sus servicios y que guardó un número místico: pues su prima no es la única causa de esta larga estancia, sino también el provecho de un profeta tan grande. Efectivamente, si al entrar se ha realizado un resultado tan grande que, al saludo de María, el niño ha dado saltos de gozo en el seno y el Espíritu Santo ha llenado a la madre del niño, ¡qué aumento de gracia no les ha valido la presencia de María durante un espacio de tiempo tan largo! *María permaneció con ella tres meses.* Así el profeta recibía la unción y, tan buen atleta, era ya ejercitado desde el seno de su madre; pues se preparaba para un gran combate. María permaneció allí hasta que llegó para Isabel el tiempo de dar a luz. Si lo consideras diligentemente, encontrarás que esto no se ha notado *más* que para el nacimiento de los justos; en fin, se cumplieron los días de dar a luz María, se cumplió el tiempo de dar a luz Isabel, el tiempo de la vida se cumple cuando los santos terminan la carrera de esta vida. La vida del justo tiene una plenitud, los días de los impíos son vacíos.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I) n° 19-29, BAC Madrid 1966, pp. 95-101)

FRANCISCO – Homilias en Santa Marta, Enc. Lumen Fidei, 58-59, Ángelus 15.VIII.15

La eternidad no será aburrida

31 de mayo de 2013

Son muchos los cristianos que no conocen la alegría. Si aprendieran a salir de sí mismos y a dar gracias a Dios, “comprenderían realmente esa alegría que nos hace libres”. Este fue el núcleo de la homilía del Papa Francisco en la celebración eucarística del 31 de mayo, fiesta de la Visitación.

“Las dos lecturas del día –apuntó el Pontífice refiriéndose a Sofonías (So 3, 14-18) y al Evangelio de Lucas (Lc 1, 39-56)– nos hablan de alegría, de gozo: “alégrate, grita de alegría”, dice Sofonías. Gritar de alegría. ¡Es fuerte esto! “El Señor está contigo”; no temas; “no dejes caer los brazos”. El Señor es poderoso; se alegrará por ti”. Y en el relato evangélico, la alegría caracteriza la visita de María a Isabel. El Papa se fijó en ese “salto del niño en el seno de Isabel”, revelado por ésta a María: “He aquí que en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno”.

“Todo es alegría. Pero nosotros cristianos no estamos muy acostumbrados a hablar de alegría, de gozo. Creo que muchas veces nos gustan más los lamentos. ¿Qué es la alegría? La clave para comprender esta alegría es lo que dice el Evangelio: “Isabel fue colmada de Espíritu Santo”. Es el Espíritu Santo quien nos da la alegría”.

El Papa habló de otro aspecto de la alegría que nos viene del Espíritu. “Pensemos –dijo– en ese momento en el que la Virgen y san José llevaron a Jesús al templo para cumplir la Ley”. Estaban también allí dos ancianos; pero el Evangelio no dice que estos fueron allí para cumplir la Ley, sino más bien impulsados por la “fuerza del Espíritu Santo. El Espíritu les condujo al templo”. De modo que, ante Jesús, “hacen una oración de alabanza: éste es el Mesías, ¡bendito sea al Señor! Y hacen también una liturgia espontánea de alegría”. Es la fidelidad madurada durante tantos años de espera del Espíritu Santo lo que hace que “este Espíritu venga y les dé la alegría”.

“Es precisamente el Espíritu quien nos guía. Él es el autor de la alegría, el creador de la alegría. Y esta alegría en el Espíritu nos da la verdadera libertad cristiana. Sin alegría, nosotros, cristianos, no podemos llegar a ser libres. Nos convertimos en esclavos de nuestras tristezas”,

constató; en cambio, la alegría cristiana deriva precisamente de la alabanza a Dios. “¿Qué es este alabar a Dios?”, se preguntó el Papa. “Alabarle a Él gratuitamente, como es gratuita la gracia que Él nos da” fue su respuesta. Y “la eternidad será esto: alabar a Dios. Pero esto no será aburrido, será bellissimo. Esta alegría nos hace libres”.

El Papa concluyó con una observación: “Es precisamente la Virgen quien trae las alegrías. La Iglesia la llama causa de nuestra alegría, *causa nostrae letitiae*. ¿Por qué? Porque trae nuestra alegría más grande, trae a Jesús. Y trayendo a Jesús hace que “este niño salte de alegría en el seno de la madre”. Ella trae a Jesús. Ella con su oración hace que el Espíritu Santo irrumpa. Irrumpe ese día de Pentecostés; estaba allí. Debemos rezar a la Virgen para que al traer a Jesús nos dé la gracia de la alegría, de la libertad; nos dé la gracia de alabar, de hacer oración de alabanza gratuita, porque Él es digno de alabanza, siempre”.

Si el hombre intenta salvarse por sí mismo ha fracasado

19 de diciembre de 2013

El hombre no se salva por sí mismo, y quien ha tenido la soberbia de intentarlo, incluso entre los cristianos, ha fracasado. Porque sólo Dios puede dar vida y salvación. Esta es la meditación, en la perspectiva del Adviento, que el Papa Francisco propuso durante la misa celebrada el jueves 19 de diciembre de 2013 por la mañana en la capilla de la Casa Santa Marta.

Como de costumbre, inspirándose en la liturgia del día, el Pontífice quiso recordar que la “vida, la capacidad de dar vida y salvación, vienen solamente del Señor” y no del hombre, que no tiene “la humildad” de reconocerle y pedirle ayuda. “Muchas veces” en la Escritura se habla “de la mujer estéril, de la esterilidad, de la incapacidad de concebir y dar vida”. Pero también muchas veces sucede “el milagro del Señor, que hace que estas mujeres estériles puedan tener un hijo”.

El Papa Francisco hizo referencia, ante todo, a la mamá de Sansón, cuya historia propuso esta mañana el pasaje del libro de los Jueces (Jc 13, 2-7. 24-25a). Y después recordó también lo que le “sucedió a la mujer de nuestro padre Abraham: no podía creer” que tendría un hijo a causa de su edad avanzada, “y se reía detrás de la ventana, desde la que espiaba a su marido para oír de qué estaba hablando. Y se reía porque no podía creerlo. Pero tuvo un hijo”. El Evangelio de hoy (Lc 5-25), prosiguió el Papa, recuerda también lo que le “sucedió a Isabel”. Todas estas historias bíblicas de mujeres, explicó el Pontífice, muestran cómo “de la imposibilidad de dar vida, viene la vida”. Y también les sucedió a otras mujeres no estériles, pero que ya no tenían ninguna esperanza para su vida. “Pensemos en Noemí -especificó el Obispo de Roma-, que, al final, tuvo un nieto”. En síntesis, “el Señor interviene en la vida de estas mujeres para decirnos: yo soy capaz de dar vida”.

El Papa Francisco destacó que en las palabras de los “profetas está la imagen del desierto: la tierra desierta, incapaz de hacer crecer un árbol, un fruto, de hacer brotar algo”. Y, sin embargo, “el desierto será como una selva. Los profetas dicen: será grande, florecerá”. Así pues, “el desierto puede florecer” y “la mujer estéril puede dar vida” solamente en la perspectiva de la “promesa del Señor: yo puedo. De vuestra sequedad puedo hacer surgir la vida, la salvación. De la aridez pueden crecer frutos”. La salvación “es la intervención de Dios que nos hace fecundos, que nos da la capacidad de dar vida”, que “nos ayuda en el camino de la santidad”.

De algo estamos seguros: “no podemos salvarnos a nosotros mismos”. Muchos lo han intentado, “incluso algunos cristianos”, recordó el Santo Padre citando a los pelagianos. Pero sólo la intervención de Dios nos trae la salvación.

De ahí la pregunta del Pontífice: “pero, por nuestra parte, ¿qué debemos hacer?”. Ante todo, respondió el Papa, “reconocer nuestra sequedad, nuestra incapacidad de dar vida”. Después, “pedir”. Y la petición que se convierte en oración la formuló así: “Señor, quiero ser fecundo; quiero que mi vida dé vida, que mi fe sea fecunda, vaya adelante y pueda darla a los demás. Señor, soy estéril; yo no puedo, tú puedes. Soy un desierto, yo no puedo; tú puedes”. Y que “ésta sea -fue su deseo- la oración de estos días antes de la Navidad”.

Nos hace pensar, prosiguió el Papa, en “cómo los soberbios, los que creen que pueden hacer todo por sí mismos, son golpeados”. Y se refirió, en particular, “a esa mujer que no era estéril, pero era soberbia y no entendía qué significaba alabar a Dios: Mikal, la hija de Saúl. Se reía de la alabanza. Y fue castigada con la esterilidad”. La humildad es una virtud necesaria para ser fecundos. “Cuántas personas -observó el Papa- creen ser justas como ella, y al final son pobres”.

En cambio, es importante la “humildad, decir “Señor, soy estéril, soy un desierto”“. Cuán importante es repetir en estos días “aquellas hermosas antífonas que la Iglesia nos propone rezar: “oh Hijo de David, oh Adonai, oh Sabiduría -hoy-, oh Raíz de Jesé, oh Emanuel, ven a darnos vida, ven a salvarnos, porque tú sólo puedes, yo por mí mismo no puedo”“.

Así, concluyó el Pontífice, “con esta humildad, humildad del desierto, humildad del alma estéril”, debemos “recibir la gracia: la gracia de florecer, de dar fruto y dar vida”.

La hora de la re-creación

19 de diciembre de 2014

Para ser verdaderamente “madre” la Iglesia debe “dejarse sorprender por las novedades de Dios”, que por medio del Espíritu Santo puede “hacer nuevas todas las cosas”. De lo contrario corre el riesgo de llegar a ser “estéril”, afligida por el “pelagianismo”, el “egoísmo”, el “poder” y las ganas de “adueñarse de las conciencias” hasta convertirse en “empresaria”. De esta tentación alertó el Papa en la misa que celebró el viernes 19 de diciembre, en la capilla de la Casa Santa Marta.

La reflexión del Papa Francisco partió de las lecturas propuestas por la liturgia: los nacimientos de Sansón y Juan Bautista anunciados por ángeles, como relata el libro de los Jueces (Jc 13, 2-24-25a) y el Evangelio de san Lucas (Lc 1, 5-25). “La palabra sobre la cual la Iglesia hoy nos hace reflexionar antes de la Navidad, la palabra más importante de hoy es “esterilidad”” precisó inmediatamente el Pontífice. Y la liturgia, en efecto, “nos presenta a estas dos mujeres estériles que no tenían hijos, no podían tenerlos”. El Papa recordó que “en el pueblo de Israel la esterilidad se vivía con dificultad: se podía casi decir que no poder dar vida era considerado una especie de maldición, porque no tener hijos impedía cumplir el mandamiento del Señor de llenar la tierra con nuevas vidas”.

Sin embargo, hizo notar, “figuras de mujeres estériles existen muchas en la Biblia, y siempre por razones importantes”. Comenzando por “Sara, nuestra madre: estéril”, pero “el Señor hace el milagro”. Y es “estéril también la mamá de Samuel”: también en esta situación “el Señor hace el milagro”. E igualmente “la hija de Jefté se fue por las montañas llorando su virginidad, porque no podía tener hijos antes de morir”.

Por lo tanto, explicó el Papa Francisco, “la esterilidad era algo feo, feo”. Y hoy la Iglesia “nos muestra este símbolo de esterilidad precisamente antes del nacimiento de Jesús, a través de una mujer incapaz de tener un hijo”. Este “es el signo de la humanidad incapaz de dar un paso adelante: muchas mujeres estériles eran ancianas, y su vientre ya no era fecundo”. Y “la Iglesia quiere

hacernos reflexionar sobre la humanidad estéril”, sobre la humanidad que “llegó a un punto donde ya no podía seguir adelante”. Al recordar que “la ley de Moisés preveía la descendencia de un muerto, porque era muy importante tener descendencia, dar vida”, el Papa destacó que “estas mujeres estériles reciben un milagro, reciben una gracia del Señor y son capaces de concebir”.

“De la esterilidad -afirmó- el Señor es capaz de volver a comenzar una nueva descendencia, una nueva vida: este es el mensaje de hoy”. Por eso “cuando la humanidad está extenuada, ya no puede seguir adelante, llega la gracia y llega el Hijo, y llega la salvación”. Y, así, “esa creación extenuada deja lugar a la nueva creación, podríamos decir a una “re-creación””.

De esta manera “el milagro de la creación, tan maravilloso, deja lugar a un milagro aún más maravilloso: la re-creación, como dice la oración de la misa: “Tú Señor que maravillosamente creaste el mundo, y más maravillosamente lo recreaste””.

Precisamente “esta “segunda” creación, cuando la tierra está extenuada, es el mensaje de hoy: nosotros esperamos al “jefe” capaz de recrear todas las cosas, de hacer nuevas las cosas”. Por lo tanto, “esperamos la novedad de Dios”. Esta es, por lo demás, la Navidad: “la novedad de Dios que vuelve a hacer de un modo más maravilloso la creación, todas las cosas”.

“Es curioso”, destacó el Pontífice, que “en ambos textos -tanto el de la mujer de Manoj como el de Isabel- para explicar cómo hará esto, cómo ocurrirá esto, se habla del Espíritu: “El Espíritu del Señor comenzó a obrar en él”, se dice”. Y “esta “re-creación” es posible solamente con el Espíritu de Dios”. ¿Cuál es el mensaje entonces? “Abrámonos al Espíritu de Dios. Nosotros, solos, no podemos: es Él quien puede hacer las cosas”.

El discurso sobre la esterilidad, dijo el Papa, “me hace pensar también en nuestra madre Iglesia, en muchas esterilidades que afligen a nuestra madre Iglesia cuando, por el peso de la esperanza en los mandamientos, ese pelagianismo que todos nosotros llevamos en los huesos, se hace estéril: se cree capaz de dar a luz” pero “no puede”. En cambio, “la Iglesia es madre y se convierte en madre solamente cuando se abre a la novedad de Dios, a la fuerza del Espíritu”. Lo es “cuando se dice a sí misma: “yo hago todo pero terminé, no puedo seguir adelante”” y “llega el Espíritu”.

De esta manera el Papa Francisco invitó a “rezar hoy por nuestra madre Iglesia, por la gran esterilidad en el pueblo de Dios: esterilidad de egoísmos, de poder”. Porque “la Iglesia es estéril cuando cree que puede hacer todo, adueñarse de las conciencias de la gente, ir por el camino de los fariseos, de los saduceos, por el camino de la hipocresía”. Por eso se necesita “rezar”. Y hacer de tal modo que “esta Navidad” haga también a “nuestra Iglesia abierta al don de Dios”, capaz de dejarse “sorprender por el Espíritu Santo”: una Iglesia “que tenga hijos, una Iglesia madre”.

En cambio, afirmó el Papa, “muchas veces pienso que la Iglesia, en algunos lugares, más que ser madre es una empresaria”. Por ello, concluyó, “mirando esta historia de esterilidad del pueblo de Dios, y tantas historias en la historia de la Iglesia que han hecho a la Iglesia estéril, pidamos al Señor, hoy, mirando el belén, la gracia de la fecundidad de la Iglesia”. La gracia de que, “antes que nada, la Iglesia sea madre, como María: ¡madre!”.

Enc. *Lumen fidei*, nn. 58 y 59

Bienaventurada la que ha creído (Lc 1, 45)

En la parábola del sembrador, san Lucas nos ha dejado estas palabras con las que Jesús explica el significado de la « tierra buena »: « Son los que escuchan la palabra con un corazón noble

y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia » (Lc 8, 15). En el contexto del Evangelio de Lucas, la mención del corazón noble y generoso, que escucha y guarda la Palabra, es un retrato implícito de la fe de la Virgen María. El mismo evangelista habla de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, de modo que la Palabra diese fruto en su vida. La Madre del Señor es icono perfecto de la fe, como dice santa Isabel: « Bienaventurada la que ha creído » (Lc 1, 45)

En María, Hija de Sión, se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara, mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. San Justino mártir, en su Diálogo con Trifón, tiene una hermosa expresión, en la que dice que María, al aceptar el mensaje del Ángel, concibió « fe y alegría ». En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe. En su vida, María ha realizado la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo. Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado.

Podemos decir que en la Bienaventurada Virgen María se realiza eso en lo que antes he insistido, que el creyente está totalmente implicado en su confesión de fe. María está íntimamente asociada, por su unión con Cristo, a lo que creemos. En la concepción virginal de María tenemos un signo claro de la filiación divina de Cristo. El origen eterno de Cristo está en el Padre; él es el Hijo, en sentido total y único; y por eso, es engendrado en el tiempo sin concurso de varón. Siendo Hijo, Jesús puede traer al mundo un nuevo comienzo y una nueva luz, la plenitud del amor fiel de Dios, que se entrega a los hombres. Por otra parte, la verdadera maternidad de María ha asegurado para el Hijo de Dios una verdadera historia humana, una verdadera carne, en la que morirá en la cruz y resucitará de los muertos. María lo acompañará hasta la cruz (cf. Jn 19, 25), desde donde su maternidad se extenderá a todos los discípulos de su Hijo (cf. Jn 19, 26-27). También estará presente en el Cenáculo, después de la resurrección y de la ascensión, para implorar el don del Espíritu con los apóstoles (cf. Hch 1, 14). El movimiento de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu ha recorrido nuestra historia; Cristo nos atrae a sí para salvarnos (cf. Jn 12, 32). En el centro de la fe se encuentra la confesión de Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer, que nos introduce, mediante el don del Espíritu santo, en la filiación adoptiva (cf. Ga 4, 4-6).

Ángelus 15 de agosto de 2015

Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! y ¡feliz fiesta de la Virgen!

Hoy la Iglesia celebra una de las fiestas más importantes dedicadas a la Santísima Virgen María: la fiesta de su Asunción. Al final de su vida terrena, la Madre de Cristo subió en cuerpo y alma al Cielo, es decir, a la gloria de la vida eterna, en plena comunión con Dios.

El Evangelio de hoy (Lc 1, 39-56) nos presenta a María, que, inmediatamente después de haber concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo, va a visitar a su anciana pariente Isabel, quien también milagrosamente espera un hijo. En este encuentro lleno del Espíritu Santo, María expresa su alegría con el cántico del Magníficat, porque ha tomado plena conciencia del significado de las

grandes cosas que están sucediendo en su vida: a través de ella se llega al cumplimiento de toda la espera de su pueblo.

Pero el Evangelio nos muestra también cuál es el motivo más profundo de la grandeza de María y de su dicha: el motivo es la fe. De hecho, Isabel la saluda con estas palabras: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1, 45). La fe es el corazón de toda la historia de María; ella es la creyente, la gran creyente; ella sabe –y lo dice– que en la historia pesa la violencia de los prepotentes, el orgullo de los ricos, la arrogancia de los soberbios. Aun así, María cree y proclama que Dios no deja solos a sus hijos, humildes y pobres, sino que los socorre con misericordia, con atención, derribando a los poderosos de sus tronos, dispersando a los orgullosos en las tramas de sus corazones. Esta es la fe de nuestra madre, esta es la fe de María.

El cántico de la Virgen nos deja también intuir el sentido cumplido de la historia de María: si la misericordia del Señor es el motor de la historia, entonces no podía «conocer la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo» (Prefacio). Todo esto no tiene que ver sólo con María. Las «cosas grandes» hechas en Ella por el Todopoderoso nos tocan profundamente, nos hablan de nuestro viaje en la vida, nos recuerdan la meta que nos espera: la casa del Padre. Nuestra vida, vista a la luz de María asunta al Cielo, no es un deambular sin sentido, sino una peregrinación que, aun con todas sus incertidumbres y sufrimientos, tiene una meta segura: la casa de nuestro Padre, que nos espera con amor.

Mientras tanto, mientras transcurre la vida, Dios hace resplandecer «para su pueblo, todavía peregrino sobre la tierra, un signo de consuelo y de segura esperanza» (*ibid*). Ese signo tiene un rostro, ese signo tiene un nombre: el rostro luminoso de la Madre del Señor, el nombre bendito de María, la llena de gracia, bendita porque ella creyó en la palabra del Señor: ¡la gran creyente! Como miembros de la Iglesia, estamos destinados a compartir la gloria de nuestra Madre, porque, gracias a Dios, también nosotros creemos en el sacrificio de Cristo en la cruz y, mediante el Bautismo, somos introducidos en este misterio de salvación.

Hoy todos juntos le rezamos para que, mientras se desarrolla nuestro camino en esta tierra, Ella vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, nos despeje el camino, nos indique la meta, y nos muestre después de este exilio a Jesús, el fruto bendito de su vientre. Y decimos juntos: Oh clemente, oh pía, oh dulce Virgen María.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012

2006

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la santa Navidad ya es inminente. La vigilia de hoy nos prepara para vivir intensamente el misterio que esta noche la liturgia nos invitará a contemplar con los ojos de la fe. En el Niño divino recién nacido, acostado en el pesebre, se manifiesta nuestra salvación. En el Dios que se hace hombre por nosotros, todos nos sentimos amados y acogidos, descubrimos que somos valiosos y únicos a los ojos del Creador. El nacimiento de Cristo nos ayuda a tomar conciencia del valor de la vida humana, de la vida de todo ser humano, desde su primer instante hasta su ocaso natural. A quien abre el corazón a este “niño envuelto en pañales” y acostado “en un pesebre” (cf. Lc 2, 12), él le brinda la posibilidad de mirar de un modo nuevo las realidades de cada día. Podrá gustar

la fuerza de la fascinación interior del amor de Dios, que logra transformar en alegría incluso el dolor.

Preparémonos, queridos amigos, para encontrarnos con Jesús, el Emmanuel, Dios con nosotros. Al nacer en la pobreza de Belén, quiere hacerse compañero de viaje de cada uno. En este mundo, desde que él mismo quiso poner aquí su “tienda”, nadie es extranjero. Es verdad, todos estamos de paso, pero es precisamente Jesús quien nos hace sentir como en casa en esta tierra santificada por su presencia. Pero nos pide que la convirtamos en una casa acogedora para todos. Este es precisamente el don sorprendente de la Navidad: Jesús ha venido por cada uno de nosotros y en él nos ha hecho hermanos. De ahí deriva el compromiso de superar cada vez más los celos y los prejuicios, derribar las barreras y eliminar las contraposiciones que dividen o, peor aún, enfrentan a las personas y a los pueblos, para construir juntos un mundo de justicia y de paz.

Con estos sentimientos, queridos hermanos y hermanas, vivamos las últimas horas que nos separan de la Navidad, preparándonos espiritualmente para acoger al Niño Jesús. En el corazón de la noche vendrá por nosotros. Pero su deseo es también venir a nosotros, es decir, a habitar en el corazón de cada uno de nosotros. Para que esto sea posible, es indispensable que estemos disponibles y nos preparemos para recibirlo, dispuestos a dejarlo entrar en nuestro interior, en nuestras familias, en nuestras ciudades. Que su nacimiento no nos encuentre ocupados en festejar la Navidad, olvidando que el protagonista de la fiesta es precisamente él. Que María nos ayude a mantener el recogimiento interior indispensable para gustar la alegría profunda que trae el nacimiento del Redentor. A ella nos dirigimos ahora con nuestra oración, pensando de modo especial en los que van a pasar la Navidad en la tristeza y la soledad, en la enfermedad y el sufrimiento. Que la Virgen dé a todos fortaleza y consuelo.

2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con el IV domingo de Adviento, la Navidad del Señor está ya ante nosotros. La liturgia, con las palabras del profeta Miqueas, invita a mirar a Belén, la pequeña ciudad de Judea testigo del gran acontecimiento: “Pero tú, Belén de Efratá, la más pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial” (*Mi 5, 1*). Mil años antes de Cristo, en Belén había nacido el gran rey David, al que las Escrituras concuerdan en presentar como antepasado del Mesías. El Evangelio de san Lucas narra que Jesús nació en Belén porque José, el esposo de María, siendo de la “casa de David”, tuvo que dirigirse a esa aldea para el censo, y precisamente en esos días María dio a luz a Jesús (cf. *Lc 2, 1-7*). En efecto, la misma profecía de Miqueas prosigue aludiendo precisamente a un nacimiento misterioso: “Dios los abandonará –dice– hasta el tiempo en que la madre dé a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel” (*Mi 5, 2*).

Así pues, hay un designio divino que comprende y explica los tiempos y los lugares de la venida del Hijo de Dios al mundo. Es un designio de paz, como anuncia también el profeta hablando del Mesías: “En pie pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor su Dios. Habitarán tranquilos porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra. Él mismo será nuestra paz” (*Mi 5, 3-4*).

Precisamente este último aspecto de la profecía, el de la paz mesiánica, nos lleva naturalmente a subrayar que Belén es también una ciudad-símbolo de la paz, en Tierra Santa y en el mundo entero. Por desgracia, en nuestros días, no se trata de una paz lograda y estable, sino una paz

fatigosamente buscada y esperada. Dios, sin embargo, no se resigna nunca a este estado de cosas; por ello, también este año, en Belén y en todo el mundo, se renovará en la Iglesia el misterio de la Navidad, profecía de paz para cada hombre, que compromete a los cristianos a implicarse en las cerrazones, en los dramas, a menudo desconocidos y ocultos, y en los conflictos del contexto en el que viven, con los sentimientos de Jesús, para ser en todas partes instrumentos y mensajeros de paz, para llevar amor donde hay odio, perdón donde hay ofensa, alegría donde hay tristeza y verdad donde hay error, según las bellas expresiones de una conocida oración franciscana.

Hoy, como en tiempos de Jesús, la Navidad no es un cuento para niños, sino la respuesta de Dios al drama de la humanidad que busca la paz verdadera. “Él mismo será nuestra paz”, dice el profeta refiriéndose al Mesías. A nosotros nos toca abrir de par en par las puertas para acogerlo. Aprendamos de María y José: pongámonos con fe al servicio del designio de Dios. Aunque no lo comprendamos plenamente, confiemos en su sabiduría y bondad. Busquemos ante todo el reino de Dios, y la Providencia nos ayudará. ¡Feliz Navidad a todos!

2012

¡Queridos hermanos y hermanas!

En este cuarto domingo de Adviento, que se anticipa por poco a la Natividad del Señor, el evangelio narra la visita de María a su pariente Isabel. Este episodio no es un simple gesto de cortesía, sino que muestra de modo muy simple el encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Las dos mujeres, ambas embarazadas, encarnan la esperanza y al Esperado. La anciana Isabel simboliza a Israel en espera del Mesías, mientras que la joven María trae en sí misma el cumplimiento de esta espera, en beneficio de toda la humanidad. En las dos mujeres se encuentran y se reconocen ante todo, los frutos de sus vientres, Juan y Cristo.

Comenta así el poeta cristiano Prudencio: “El bebé que está en el vientre anciano saluda, a través de la boca de su madre, al Señor, hijo de la Virgen” (*Apotheosis*, 590: PL 59, 970). La exultancia de Juan en el vientre de Isabel, es el signo del cumplimiento de la espera: Dios está por visitar a su pueblo.

En la Anunciación, el arcángel Gabriel le habló a María del embarazo de Isabel (cf. Lc. 1,36), como prueba del poder de Dios: la infertilidad, a pesar de su avanzada edad, había sido transformada en fecundidad. Isabel, acogiendo a María, reconoce que se está cumpliendo la promesa de Dios a la humanidad y exclama: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?” (Lc. 1,42-43).

La expresión “bendita tu entre las mujeres” es dicha en el Antiguo Testamento a Yael (Jueces 5,24) y a Judit (Jdt. 13,18), dos mujeres guerreras comprometidas en salvar a Israel. Esta vez, está dirigido a María, jovencita pacífica que está por generar al Salvador del mundo. Así también el salto de alegría de Juan (cf. Lc. 1,44) se refiere a la danza que el rey David hizo cuando acompañó la entrada del Arca de la Alianza en Jerusalén (cf. 1 Cro. 15,29). El arca, que contenía las tablas de la Ley, el maná y la vara de Aarón (cf. Hb. 9,4), era el signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El niño por nacer, Juan, exulta de alegría ante María, Arca de la Nueva Alianza, que lleva en el vientre a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

La escena de la Visitación también expresa la belleza de la acogida: donde hay acogida recíproca, escucha, un hacer sitio al otro, allí está Dios y la alegría que viene de Él.

Imitemos a María en el tiempo de Navidad, visitando a quienes pasan por dificultades, especialmente a los enfermos, a los encarcelados, a los ancianos y a los niños. También imitemos a Isabel, que recibe a sus huéspedes como si fuera Dios mismo: sin desearlo no conoceremos nunca al Señor; sin esperarlo no lo veremos, sin buscarlo no lo encontraremos.

Con la misma alegría de María, que va rápido donde Isabel (cf. Lc. 1,39), también nosotros vayamos al encuentro del Señor que viene. Oremos para que todos los hombres busquen a Dios, descubriendo que es Dios mismo el primero en visitarnos. A María, Arca de la Nueva y Eterna Alianza, confiamos nuestro corazón, para que lo haga digno de recibir la visita de Dios en el misterio de su Nacimiento.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

C. IV domingo de Adviento

96. Con el IV domingo de Adviento, la Navidad está ya muy próxima. La atmósfera de la Liturgia, desde los reclamos corales a la conversión, se traslada a los acontecimientos que circundan el Nacimiento de Jesús. Un cambio de dirección evidenciado en el Prefacio II del tiempo de Adviento. «La Virgen concebirá» es el título de la primera lectura del año A. Ciertamente es que todas las lecturas, de los profetas a los Apóstoles y a los Evangelios, giran en torno al misterio anunciado a María por el arcángel Gabriel. (Lo que se dice aquí a propósito de los Evangelios de los domingos y de los textos del Antiguo Testamento puede ser aplicado también al Leccionario ferial del 17 al 23 de diciembre).

97. En el Evangelio del año B se lee la narración de la Anunciación de Lucas; a la que sigue, en el mismo evangelio, la Visitación, que se lee en el año C. Estos acontecimientos ocupan un lugar destacado en la devoción de muchos católicos. La primera parte de la oración, el *Ave María*, considerada entre las más hermosas, se compone de las palabras dirigidas a María por el Arcángel Gabriel y por Isabel. La Anunciación es el primer misterio gozoso del Rosario; la Visitación, el segundo. La oración del *Ángelus* es una meditación ampliada de la Anunciación, recitada por muchos fieles cada día (por la mañana, al mediodía y por la noche). El encuentro entre el arcángel Gabriel y María, sobre la que descende el Espíritu Santo, está representado en múltiples obras del arte cristiano. En el IV domingo de Adviento, el homilista tendría que trabajar sobre esta sólida base de la devoción cristiana y, así, conducir a los fieles hacia una comprensión más profunda de estos admirables acontecimientos.

98. «El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra del Espíritu Santo». El poder y la fuerza de aquella hora nunca han disminuido. Ahora se siente de nuevo mientras de ella se impregna la asamblea en la que se proclama el Evangelio. Forja la hora peculiar de la celebración comunitaria. Estamos absortos en su Misterio. En cierto modo estamos presentes en la escena. Vemos al ángel que se presenta delante de la Virgen María en Nazaret de Galilea (también la Iglesia está contemplando la escena, siguiendo con estupor el drama de su encuentro, su intercambio de palabras). Mensaje divino, respuesta humana. Pero, mientras observamos, tomamos conciencia de que en esta visión no estamos aceptados sólo como simples espectadores. Cuanto ha sido ofrecido a María (acoger al Hijo de Dios en su seno) nos es ofrecido, en cierto modo, a cada una de las asambleas de fieles y a cada uno de los creyentes en la Liturgia del domingo IV de Adviento. En Navidad, ya dentro de pocos días, se nos va a entregar. Justo como ha dicho Jesús: «El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

99. La primera lectura del Año B, del segundo Libro de Samuel, nos invita a dar un paso atrás

respecto a esta escena, incluso manteniendo la mirada fija en ella. La lectura nos ofrece una visión más amplia, la historia de la dinastía de David. La intención es la de ayudarnos a mirar con atención en los siglos que han transcurrido en esta historia hasta que surge, finalmente, el ángel delante de María. Es útil, por tanto, para el homileta ayudar a las personas a observar todo el escenario del acontecimiento. El generoso David está inspirado por un pensamiento noble, es decir, construir una casa para el Señor. ¿Por qué, se pregunta David, ahora que se ha establecido en su casa y ha obtenido una tregua en torno a sus enemigos gracias a la intervención del Señor, por qué Él tendría que continuar viviendo en el arca debajo de una tienda? ¿Por qué no una casa, un templo, para el Señor? Pero el Señor da a David una respuesta del todo inesperada. A la generosa oferta de David, el Señor responde con su generosidad divina superando enteramente lo que David ofrecía o nunca habría podido imaginar. Revocando la oferta de David, el Señor dice: «Tu no construirás una casa para mí», «el Señor te anuncia que te va a edificar una casa» (cf. 2 Sam 7,11), refiriéndose así a la dinastía de David que «dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad» (Sal 72,5).

100. Volviendo a la escena central de esta narración, vemos cómo la promesa hecha a David se ha cumplido de manera definitiva y, una vez más, de manera inesperada. María está «desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David» (Lc 1,27). El Ángel anuncia a María que dará a luz un Hijo, diciendo: «El Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lc 1,32). María misma es, de este modo, la casa que el Señor construye para el auténtico Hijo de David. Incluso, el deseo de David de construir una casa para el Señor se cumple de modo misterioso: con las palabras «hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38), la Hija de Sión, por medio de su consentimiento de fe, en un instante construye un templo digno para el Hijo del Dios Altísimo.

101. El misterio de la Concepción Virginal de María es también el tema del Evangelio del Año A pero, en este caso, la narración se desarrolla desde el punto de vista de José, como nos narra Mateo. La primera lectura es un breve pasaje de Isaías en el que el profeta pronuncia la conocida frase:

«Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Esta lectura puede ofrecer al homileta la ocasión para explicar cómo la Iglesia ve, justamente, el cumplimiento de los textos del Antiguo Testamento en los acontecimientos de la vida de Jesús. En el pasaje de Mateo, la asamblea escucha los detalles referidos, que circundan el Nacimiento de Jesús, concluyendo con la frase: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta». Un profeta habla en la historia, en circunstancias concretas. En el 734 a.C., el rey Acáz tenía que hacer frente a un enemigo poderoso; el profeta Isaías le exhortó a tener fe en el poder que Dios tenía para liberar Jerusalén, y ofreció al rey un signo enviado por el Señor. Cuando el rey, con hipocresía, lo rechazó, el contrariado Isaías le anunció que le sería dado, de todas formas, un signo, el signo de una Virgen, cuyo Hijo sería llamado Emmanuel. Pero ahora, por medio del Espíritu Santo, que ha hablado por el profeta, cuanto tenía sentido en aquellas precisas circunstancias históricas se amplía para conformarse en una circunstancia histórica mucho mayor: la Venida del Hijo de Dios que se hace carne. Todas las profecías y toda la historia, en definitiva, hablan de esto.

102. El homileta, una vez presentado este argumento, puede considerar la narración bien construida de Mateo. El evangelista se preocupa de mantener en equilibrio dos verdades sobre Jesús: que es el Hijo de David y que es el Hijo de Dios. Ambas son verdades esenciales para comprender quién es Jesús. Tanto María como José interpretan un papel preciso en el cumplimiento de este entrelazarse armónico del misterio.

103. Como hemos visto en la Anunciación en el contexto de la Historia de Israel, también la genealogía que precede a este Evangelio ofrece una clave importante para su interpretación. (La genealogía se lee el 17 de diciembre y en la Misa de la Vigilia de Navidad). El Evangelio de Mateo

inicia solemnemente con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán». Continúa la narración tradicional de todas las generaciones: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así en adelante, pasando por David y sus descendientes, hasta José, donde el relato sufre un imprevisto y marcado cambio: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». Resulta singular y extraordinario cómo el texto no prosigue diciendo: «José engendró a Jesús», sino que especifica cómo José es el esposo de María, de la cual nació Jesús. Es precisamente en este punto sobre el que recae el peso del IV domingo de Adviento, como viene indicado en el primer versículo: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera». Es decir, en circunstancias notablemente diferentes a todos los nacimientos precedentes, exigiendo, por tanto, esta narración peculiar.

104. La primera información se refiere al hecho que María, *antes* de ir a vivir con José, estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Es claro, por tanto, para los que escuchan y leen el pasaje que el niño no es de José sino que es el mismo Hijo de Dios. En la narración, además, esto no está todavía claro para José. El homileta podrá constatar el drama que soporta José. ¿Sospecha la infidelidad de María y por eso decide «repudiarla en secreto»? O quizá ¿tiene alguna intuición de la obra divina, que le lleva a temer de recibir a María como su esposa? Es desconcertante también el silencio de María. Ella, claramente, mantiene el secreto que existe entre ella y Dios, y será Dios quien clarificará la situación. Ninguna palabra humana sería suficiente para explicar un misterio tan grande. Mientras José consideraba estas cosas, un Ángel le revela en sueños que María ha concebido por obra del Espíritu Santo y que no debe temer. La Liturgia del Adviento invita a los fieles a no temer y a acoger, como José, el misterio divino que se está desarrollando en su vida.

105. Un Ángel confirma en sueños a José que María ha concebido por obra del Espíritu Santo. Así, de nuevo, todo se explica: Jesús es el Hijo de Dios. Pero José tendrá que cumplir dos gestos, dos actos que legitimarán el Nacimiento de Jesús a los ojos de la cultura y de la fe judías. El Ángel se dirige a él de modo explícito con estas palabras: «José, Hijo de David», y le ordena llevar a María a su casa, permitiendo que el misterio de ella le transforme. Después, él tendrá que dar nombre al niño. Estos dos gestos hacen de Jesús «el Hijo de David». La narración de Mateo habría podido continuar con estas palabras: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor», mientras que, por el contrario, la narración viene interrumpida por la profecía de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta», para citar después el versículo profético que hemos escuchado en la primera lectura. Lo que Isaías dijo a Acaz es poca cosa al respecto. Ahora la palabra «Virgen» se toma al pie de la letra, y Ella concibe por obra del Espíritu Santo. Y qué decir del nombre que tendrán que dar al niño ¿Emmanuel? Mateo, a diferencia de Isaías, explica su significado: «Dios-con-nosotros». También estas palabras, como indican las circunstancias, están tomadas al pie de la letra. José, el Hijo de David, lo llamará Jesús; pero el misterio más profundo de su nombre es «Dios-con-nosotros».

106. En la segunda lectura de este mismo domingo, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, escuchamos un lenguaje teológico más antiguo y primitivo que el de Mateo pero que ya nos revela la importancia del equilibrio armónico en los títulos que expresan el Misterio de Jesús. San Pablo habla del «Evangelio que se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano de la estirpe de David; constituido, Hijo de David, con pleno poder por su Resurrección de la muerte». San Pablo ve ratificado el título de «Hijo de Dios» en la Resurrección de Jesús. San Mateo, como hemos visto con anterioridad, cuando explica el nombre del Emmanuel con el significado de «Dios-con-nosotros», expresa tal comprensión del Señor resucitado, haciendo referencia al principio de su existencia humana.

107. A pesar de ello, es Pablo quien muestra directamente el modo de relacionar lo que escuchamos

en estos textos. Después de haber llamado con solemnidad a aquel que es el centro de su Evangelio «Hijo de David e Hijo de Dios», Pablo designa a los gentiles como los que están llamados «por Cristo Jesús». Además, los define como «a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo». El homileta debe mostrar cómo este lenguaje se aplica también a nosotros. Los cristianos escuchan la maravillosa historia del Nacimiento de Jesucristo que cumple de modo admirable lo que había sido prometido por medio de los profetas, pero después escuchan también una palabra sobre ellos: estamos llamados a pertenecer a Jesucristo, estamos llamados por Dios y estamos llamados a ser santos.

108. El Evangelio del Año C se refiere a lo que María realizó inmediatamente después del encuentro con el Ángel que le anuncia la concepción del Hijo de Dios. «En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña», a ver a su pariente Isabel que estaba encinta de Juan Bautista. Y al oír el saludo de María el niño saltó en el seno de Isabel.

Es este el primero de tantos momentos en los que Juan anuncia la presencia de Jesús. Es instructivo reflexionar también sobre cómo María se comporta cuando es consciente de llevar al Hijo de Dios en su seno. Ella «aprisa» va a visitar a Isabel, para poder constatar que «nada es imposible para Dios»; y actuando así, aporta un gran gozo a Isabel y al Hijo que está en su seno.

109. En estos días convulsos de Adviento la Iglesia entera asume la fisonomía de María. El rostro de la Iglesia lleva impresos los signos distintivos de la Virgen. El Espíritu Santo actúa ahora en la Iglesia, como ha actuado siempre. Por tanto, mientras la asamblea en este domingo entra en el misterio eucarístico, el sacerdote reza en la oración sobre las ofrendas: «El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar». El homileta debe extraer el mismo nexo evidenciado por esta oración: a través de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, los fieles llevarán en su propio cuerpo lo que María llevó en sus entrañas. Como Ella, tendrán que hacer «deprisa» el bien al prójimo. Sus buenas acciones, realizadas siguiendo el ejemplo de María, sorprenderán entonces a los otros con la presencia de Cristo, de modo que dentro de ellos se produzca un salto de gozo.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La “Visitación”

María: “Dichosa la que ha creído”

148. La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Isabel la saludó: “¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

La maternidad divina de María

495. Llamada en los Evangelios “la Madre de Jesús” (Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como “la madre de mi Señor” desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios [“Theotokos”] (cf. DS 251).

IV. EL ESPIRITU DE CRISTO EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Juan, Precursor, Profeta y Bautista

717. “Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan (Jn 1, 6). Juan fue “lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre” (Lc 1, 15. 41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La “visitación” de María a Isabel se convirtió así en “visita de Dios a su pueblo” (Lc 1, 68).

2676. Este doble movimiento de la oración a María ha encontrado una expresión privilegiada en la oración del Ave María:

“Dios te salve, María [Alégrate, María]”. La salutación del Ángel Gabriel abre la oración del Ave María. Es Dios mismo quien por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava (cf Lc 1, 48) y a alegrarnos con el gozo que El encuentra en ella (cf So 3, 17b)

“Llena de gracia, el Señor es contigo”: Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia. “Alégrate... Hija de Jerusalén... el Señor está en medio de ti” (So 3, 14, 17a). María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es “la morada de Dios entre los hombres” (Ap 21, 3). “Llena de gracia”, se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al que entregará al mundo.

“Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Después del saludo del ángel, hacemos nuestro el de Isabel. “Llena del Espíritu Santo” (Lc 1, 41), Isabel es la primera en la larga serie de las generaciones que llaman bienaventurada a María (cf. Lc 1, 48): “Bienaventurada la que ha creído...” (Lc 1, 45): María es “bendita entre todas las mujeres” porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor. Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las “naciones de la tierra” (Gn 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: Jesús, el fruto bendito de su vientre.

El Hijo se ha encarnado para cumplir la voluntad del Padre

II. LA ENCARNACIÓN

462. La carta a los Hebreos habla del mismo misterio:

Por eso, al entrar en este mundo, [Cristo] dice: No quisiste sacrificio y oblación; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad! (Hb 10, 5-7, citando Sal 40, 7-9 LXX).

III. CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606. El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado” (Jn 6, 38), “al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús “por los pecados del

mundo entero” (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida” (Jn 10, 17). “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31).

607. Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12, 27). “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?” (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido” (Jn 19, 30), dice: “Tengo sed” (Jn 19, 28).

Artículo 1. EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

2568. La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se inscribe entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: “¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?” (Gn 3, 9. 13) y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: “He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad” (Hb 10, 5-7). Así, la oración está ligada con la historia de los hombres, es la relación con Dios en los acontecimientos de la historia.

III. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

2824. En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: “He aquí que yo vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad” (Hb 10, 7; Sal 40, 7). Sólo Jesús puede decir: “Yo hago siempre lo que le agrada a él” (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22, 42; cf Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38). He aquí por qué Jesús “se entregó a sí mismo por nuestros pecados según la voluntad de Dios” (Ga 1, 4). “Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 10).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Ha mirado la humillación de su esclava

El último domingo de Adviento es el que nos debe preparar inmediatamente a la Navidad. Ahora las compras ya debieran estar terminadas y estamos quizás un poco más disponibles a pensar también en el sentido religioso de la fiesta.

La liturgia del Adviento nos presenta dos grandes guías para la Navidad: Juan el Bautista y María. En las iglesias ortodoxas los respectivos iconos están colocados uno a la derecha y otro a la izquierda de la puerta, que introduce en la parte más sagrada del templo en donde está situado el altar del sacrificio. Son como los dos «ujieres», que introducen ante la presencia del rey.

Hemos ya recogido el mensaje de Juan el Bautista en uno de los domingos precedentes. Ahora, el *precursor* nos entrega a la *madre* para que sea ella la que complete nuestra preparación para la Navidad. Y, en efecto, el Evangelio de hoy es el de la Visitación de María a Isabel, que se concluirá con el *Magnificat*:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha visto la humillación de su esclava» (*Lucas*, 1,46-48).

El pasaje evangélico termina aquí, pero el *Magnificat* prosigue diciendo:

«Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (*Lucas 1, 52-53*).

Con estas palabras María nos ayuda a acoger un aspecto importante del misterio natalicio sobre el que yo quisiera insistir: la Navidad como fiesta de los humildes y como rescate de la gente pobre. En el mundo de hoy se van perfilando dos nuevas clases sociales, que ya no son las mismas con las que se razonaba en el pasado, es decir, los patronos y los proletarios. Son, más bien, por una parte, la sociedad cosmopolita, que sabe el inglés, que se mueve a su antojo en los aeropuertos del mundo, que sabe usar el ordenador y «navega» en *Internet*, para la cual la tierra es ya el «pueblo global»; por otra, la gran masa de quienes apenas han salido del país, en el que han nacido, y tienen un acceso limitado o sólo indirecto a los grandes medios de comunicación social. Son éstos, hoy, respectivamente, los nuevos «potentados» y los nuevos «humildes».

María nos ayuda a poner las cosas en su sitio y a no dejarnos engañar. Nos dice que frecuentemente los valores más profundos se escondan entre los humildes; que los acontecimientos que más inciden en la historia (como el nacimiento de Jesús), sucedan en medio de ellos y no sobre los grandes teatros del mundo. Belén era la más «pequeña entre las aldeas de Judá», dice la primera lectura de hoy; y, sin embargo, fue en ella en donde nació el Mesías. Grandes escritores, como Manzoni y Dostoevskij, han inmortalizado en sus obras los valores y las historias de la gente pobre.

Profundicemos este mensaje del *Magnificat*, que es tan cercano al que Jesús proclamará más tarde con las Bienaventuranzas. «Ha mirado la humillación de su esclava» (*Lucas 1,46*): ¿qué quería decir con esto la Virgen? Seguramente no que «ha mirado mi *virtud* de la humildad» (si hubiese intentado decir esto, ¡la Virgen no hubiera sido en verdad humilde!) sino más bien que «Ha mirado mi pobreza, mi contar tan poco». Había tantas jóvenes ricas, bellas, cultas, espléndidamente vestidas en Jerusalén (por no hablar de Roma), hijas de nobles o de sumos sacerdotes, y el Señor se ha dignado volver su mirada sobre una pobre muchacha de ¡la más olvidada aldea de Galilea! Esto quería decir María.

La «elección preferencial» por los pobres es algo que Dios ha hecho mucho antes del concilio Vaticano II. La escritura dice que «el Señor es sublime, se fija en el humilde» (*Salmo 138,6*) y que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (1 *Pedro 5,5*). A través de toda la revelación él se nos presenta como un Dios que se inclina sobre los humildes, los afligidos, los abandonados y sobre aquellos, que no son nada a los ojos del mundo. El apóstol Pablo escribe:

«Ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes» (1 *Corintios 1,27*).

Todo esto contiene una lección actualísima. En efecto, nuestra tentación es hacer exactamente lo contrario de lo que Dios ha hecho: querer mirar a quien está en lo alto, no a quien está en lo bajo; a quien está bien, no a quien se encuentra en la necesidad. En su comentario al *Magnificat*, Lutero ha expresado con gran fuerza esta verdad: «Todos los días debemos constatar cómo se esfuerza cada uno en elevarse sobre sí mismo a una posición de honor, de potencia, de riqueza, de dominio, a una vida acomodada ya todo lo que es grande y soberbio. Y cada uno quiere estar con tales personas, corre tras de ellas, les sirve con gusto, cada uno quiere participar en su grandeza. Nadie quiere mirar hacia abajo, en donde está la pobreza, la humillación, la necesidad, la aflicción y angustia; por el contrario, todos quitan la vista de una tal condición. Cada uno huye de las personas probadas así, las evita, las deja solas, nadie piensa en ayudarles, asistirles y hacer que ellas lleguen a ser algo. Deben permanecer en lo bajo y ser despreciadas». De este diagnóstico, una cosa no responde a la verdad: no es verdadero que nadie piense en ayudar a las personas necesitadas. Gracias a Dios, hay muchísimos

que, empujados por la palabra del Evangelio o por un sentido de solidaridad humana, se acercan a quien está en situación de necesidad.

Pero, no podemos contentarnos con recordar que Dios mira a los humildes, o con mirar nosotros mismos a los humildes. Debemos *llegar a ser* nosotros mismos los pequeños y los humildes, al menos, de corazón. La basílica de la Natividad de Belén tiene una sola puerta de ingreso y es tan baja que no se pasa por ella si no es encorvándose profundamente. Alguno dice que fue construida así para impedir que los beduinos entrasen dentro a la grupa con sus camellos. Pero, la explicación, que siempre se ha dado (y que contiene, en todo caso, una profunda verdad espiritual), es otra. Aquella puerta debía recordar a los peregrinos que para penetrar en el significado profundo de la Navidad era necesario abajarse y hacerse pequeños.

Si no podemos hacerlos pequeños delante de Dios al que no vemos, hagámonos pequeños delante del hermano al que vemos. «Hacedos imitadores de Dios» nos exhorta san Pablo (*Efesos* 5, 1). Imitar lo que Dios ha hecho significa en la Navidad abandonar todo pensamiento de hacerse justicia para sí solos con cada recuerdo de injuria recibido, cancelar del corazón todo resentimiento hacia todos (¡Dios no ha guardado rencor con el hombre!). No admitir voluntariamente ningún pensamiento hostil contra nadie ni contra los vecinos, ni contra los lejanos, ni contra los pequeños, ni contra los grandes, ni contra criatura alguna que exista en el mundo. Si no conseguimos hacer esto a lo largo de todo el año, esforcémonos al menos para poderlo hacer en este tiempo navideño. Si lo hacemos así, veremos que la fiesta será mucho más luminosa. Descenderá asimismo en nuestro corazón la paz anunciada por el ángel a los hombres «de buena voluntad» (cfr. *Lucas* 2,14).

En los próximos días oiremos cantar muchas veces la antigua melodía: «Tú descienes de las estrellas, oh rey del cielo». Pero, si Dios ha descendido «de las estrellas», ¿no deberíamos nosotros descender de nuestros pequeños pedestales de superioridad y de dominio, de estar, como se dice, «sobre lo nuestro», para vivir como hermanos reconciliados entre nosotros? Es necesario descender de los «camellos» para entrar en el portal de Belén...

Ante el pesebre nos vuelven a la mente las palabras de Jesús:

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (*Mateo* 11,25).

Hablando de pequeños y de humildes, no podemos pasar en silencio la categoría de los pequeños por excelencia, que son los pequeños también físicamente, los niños. A este respecto, no se puede dejar de mencionar un hecho tristísimo: los abusos que se cometen contra ellos. Es una plaga, que se revela cada día más vasta y profunda: la pedofilia, el trabajo infantil, la violencia sobre los menores... ¡Un estrago de inocentes y un estrago de inocencia! El niño es un indefenso; no está en disposición ni siquiera de darse cuenta del mal, que se le está haciendo. Por esto, al niño se le debe, decía el refrán antiguo, «el máximo respeto» (*máxima debetur puero reverentia*). Jesús ha dicho, a este propósito, una de sus palabras más duras: «Al que escandalice a uno de estos pequeños, que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino, que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (cfr. *Mateo* 18,6).

Si no es posible parar a los autores de estas cosas, gente frecuentemente enferma o sin conciencia, al menos, abramos los ojos nosotros para defender a nuestros niños. Si no nos es posible inclinarnos materialmente ante el Niño Jesús en la gruta, portal o pesebre, como lo hicieron los pastores y los Magos, inclinémonos delante del «niño Jesús» de hoy. Jesús ha dicho: «En verdad os digo que cuanto hicisteis con uno de estos más pequeños, también conmigo lo hicisteis» (cfr. *Mateo* 25,45).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Aprendiendo a querer

Dios mío, mientras aguardamos –ya impacientes– la inminente venida de Jesucristo, quisiera escucharte yo también, con mi oído interior atento, sin filtros de prejuicios. No vaya a ser que casi sólo oiga lo de siempre: lo mío, mis palabras, muy razonadas –eso sí–, pero no las tuyas. Necesito librarme de ese monólogo, casi permanente, aunque pierda la tranquilidad y la seguridad de no tener quien se me oponga.

María, que es la misma inocencia y no desea otra cosa sino agradar a su Dios, alienta sin cesar su disposición de servir a su Señor. Vive todos los días de la ilusión por complacerle en cada detalle, poniendo todo su ser en amarle. Se siente contemplada por su Creador y a la vez segura, sabiendo que Él conoce hasta el más delicado movimiento de su espíritu, mientras ella, llena de paz y alegre como nadie, va plasmando en sus obras el amor que le tiene.

María **se turbó**, dice el evangelista. Acababa de escuchar un singular saludo, que era la más grande alabanza jamás pronunciada. Con su clarísima inteligencia había entendido bien: era un saludo de parte de Dios, un saludo afectuoso a Ella de parte del Creador. Las palabras que escucha indican que el mensajero viene de parte del Altísimo, que conoce la intimidad habitual entre Dios y Ella; por eso se dirige a María, pero no por su nombre. En María, lo más propio, más aún que su nombre, es su plenitud de Gracia. Así la llama el Ángel: **Llena de Gracia**. Es la criatura que tiene más de Dios, a quien el Creador más ha amado. Y María correspondió siempre, del todo y libremente, con su amor al amor divino.

A partir de la disposición de María el Ángel le transmite su mensaje. Como decía Juan Pablo II, Dios “busca al hombre movido por su corazón de Padre”: no debemos temer a Dios. Las palabras de Gabriel –tan intensas– y lo inesperado del mensaje, posiblemente sobrecogieron a Nuestra Madre, pero no tenía por qué temer, le dice el Ángel. Su presencia ante ella, por el contrario, era motivo de gran gozo: el Señor la había escogido entre todas las mujeres, entre todas las que habían existido y las que existirían: el Verbo Eterno iba a nacer como Hombre, para redimir a la humanidad, y Ella sería su Madre.

¿Tenemos miedo a Dios? De Él sólo podemos esperar bondades, aunque nos supongan una cierta exigencia. ¿Tememos preguntarnos si nuestras conductas son de su agrado, no sea que debamos rectificar? Queramos mirar al Señor cara a cara, francamente, como mira un niño ilusionado el rostro de su padre, esperando siempre cariño, comprensión, consuelo, ayuda...

No se puede pensar en la respuesta de María como en algo independiente de sus disposiciones habituales; su sí a Dios vino a ser la formalización actual de lo que siempre había querido.

Señor, que vea; te pido como Bartimeo, aquel ciego al que curaste. Que Te vea. Que vea qué esperas de mí. Quiero escuchar tu llamada, en cada circunstancia de mi vida y, como María, para mi vida entera... Entiendo que conoces los detalles de mi andar terreno y prevés lo que llamo bueno y lo que llamo malo y que todo es ocasión de amarte. Ayúdame a intentarlo sinceramente, de verdad. **Enséñame a hacer tu voluntad, porque eres mi Dios**, te pido con el Salmista. Enséñame a confiar en tu Bondad omnipotente.

No temas, María –le dice Gabriel, antes incluso de manifestarle en detalle la Voluntad del Señor. Y, luego, el mensaje mismo incluye los motivos de seguridad y optimismo: que cuenta con todo el favor de Dios y que será obra del Espíritu Santo la concepción y mantendrá su virginidad...

Finalmente, recibe también una prueba de otra acción poderosa de Dios: la fecundidad de Isabel, **porque para Dios no hay nada imposible**, concluye el arcángel.

Cuando nos habituamos a contemplar a Dios –Señor de la historia: de la mía– presente en los sucesos de cada jornada, tenemos paz. Lo sentimos como un Padre inspirando y protegiendo cada paso nuestro: queriéndonos. Porque nos comprende y nos sonrío con el cariño afectuoso de siempre. También cuando, quizá sin darnos mucha cuenta, tratamos rebajar la exigencia, “escurrir el bulto”. Es que no es obligatorio, pensamos. Y le escuchamos en el fondo del alma: ¿Me quieres? Y ya sabemos que a la pregunta por el amor se responde con la vida: “que obras son amores...”

Ayúdame, Señor, a decirte siempre que sí. Auméntame la fe para ver más claramente qué esperas de mí cada mañana y cada tarde. El “sí” de María, el día de la Anunciación, fue a ser Madre de Dios. El Verbo se hizo humano en sus entrañas, por el Espíritu Santo y su consentimiento. Nuestros “sí” a Dios de todos los días se parecen a los que Nuestra Madre pronunciaba de continuo, amando a Dios en cada momento y circunstancia de la vida. Eran en María enamoradas afirmaciones –silenciosas casi siempre– de una conversación que no termina, como no terminan nunca las palabras de los enamorados aunque sólo se miren. Madre mía enséñame a querer.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

María y el Adviento: El “Magnificat”

En el período de Adviento, la liturgia nos habla y nos instruye a través de tres grandes guías: Isaías, Juan Bautista y María; el profeta, el precursor, la madre. Hoy es el turno de María; en los tres ciclos litúrgicos, el IV domingo de Adviento está dominado por su figura dulce y silenciosa. Ella nos ayuda a intensificar y concentrar nuestra espera. En los domingos anteriores, contemplábamos al Redentor casi de lejos: con la mirada de Isaías que lo veía descender como consuelo de los cielos, o con la mirada de Juan Bautista que lo esperaba en el desierto. Hoy somos invitados a fijarnos en un punto preciso; más bien en una persona: María; “El que debe venir” ya vino; *el misterio que estaba oculto desde siempre en Dios* (Ef. 3,9) ¡oculto desde hace nueve meses en María!

Si Adviento significa espera de Cristo, María es la espera en persona; la espera tuvo para ella el sentido muy real y delicado que la palabra tiene para cada mujer que espera el nacimiento de su hijo. Es así como debemos representarnos a María ante la inminencia de la Navidad: con la mirada dulcísima, vuelta más hacia adentro que hacia afuera de sí misma que se nota en el rostro de la mujer que lleva en su seno una criatura y parece contemplar la y dialogar ya con ella. Entre María y Jesús hubo una comunicación ininterrumpida de amor, como en quien acaba de recibir la Eucaristía. Jesús venía evangelizando desde el interior a la Madre con su gracia. El Evangelio ya estaba totalmente dentro de ella; María es la madre del Evangelio porque estaba en ella la Palabra misma, única, total y personal; el Verbo del Padre como hombre crecía en su seno de madre y como Dios iba imprimiéndose por fe en su alma (san Agustín: “Prius concepit mente quam corpore”). Por eso en cuanto María abre la boca para expresar sus pensamientos y sus sentimientos, lo que sale es un soplo de Evangelio vivo: el *Magnificat* es un Evangelio en miniatura; resuenan en él todas las beatitudes, especialmente la de los pobres de espíritu.

En el Evangelio de hoy, el *Magnificat* es apenas entonado (los primeros dos versículos), pero es como si lo escucháramos en su totalidad. Hay dos formas de leer el *Magnificat*: la primera consiste en leerlo en relación con el pasado, por lo que contiene del Antiguo Testamento; la segunda, en relación con el Nuevo Testamento, por lo que anticipa el Evangelio. La primera forma es propia de los exégetas y los doctos que buscan las fuentes del *Magnificat* y las descubren en Isaías (29,14,

etc.), en el Cántico de Ana, la madre de Samuel (1 Sam. 2, 1-10) Y un poco por doquier en la Biblia (María se nutrió de la Biblia; todo lo que sabe es la historia de su pueblo; por eso no es inverosímil —por más que se quiera dar un papel importante a la intervención posterior del evangelista— que ella se exprese así, con palabras y frases tomadas de la Escritura, como por otra parte, lo hacemos también nosotros hoy cuando rezamos con la oración espontánea). A nosotros nos interesa sobre todo la segunda forma de leer el *Magnificat*: el que busca en él lo “nuevo” del Evangelio.

Mi alma canta la grandeza del Señor: con este grito de alabanza y alegría, María proyecta su mente directamente a Dios; se eleva por encima de todo el mundo e incluso por encima de sí misma; fija la mirada en la fuente de la luz; se pone en presencia de Dios; esto es lo que invoca el “Gloria a Dios” de los ángeles, el “Santificado sea tu nombre” del “Padrenuestro”. También nosotros, cuando somos alcanzados por la gracia, sentimos esa necesidad de elevarnos por sobre todas las cosas, los intereses y las exigencias y dar gracias a Dios por sí mismo, por lo que es, más que por lo que nos da; porque existe; “por su inmensa gloria”, como decimos justamente en el “Gloria”.

Porque miró la pequeñez de su servidora: María no está ensalzando su virtud de la humildad; aquí no se trata, de hecho, de la *humildad subjetiva*, sino de la *humildad objetiva*, o sea de la pequeñez y la insignificancia reales de la creatura frente a Dios que María reconoce. También Jesús un día oró así al Padre: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños* (Mt. 11,25). A partir de ese momento, el canto de María se concentra totalmente en ese tema: Dios que rechaza a los soberbios y exalta a los humildes. Es como si su mirada se fijase, sucesivamente, en dos puntos extremos: Dios, el Santo, el Omnipotente y ella, pequeña y desconocida esclava del Señor. Pero esta distancia infinita no la apabulla porque está llena de la misericordia y la condescendencia de Dios: Dios se inclina con ternura, como ha ce un padre, hacia esa pequeñez reconocida y aceptada en la verdad. La humildad evangélica aparece aquí como es realmente en sí misma: vale decir como una forma de estar frente a Dios, más que un modo de estar frente a nosotros mismos o a los demás.

Dispersó a los soberbios... derribó a los poderosos... despidió a los ricos con las manos vacías: la voz de la Madre casi se confunde con la del Hijo que dice: *¡Ay de ustedes los ricos... ay de ustedes, los que ahora están satisfechos!* (Lc. 6,24sq.). Esta categoría de los satisfechos no comprende sólo a los ricos de bienes materiales, sino también a los auto-complacientes, o sea los satisfechos con su propia posición, su propia conducta de vida: en una palabra, consigo mismos. De esto se intuye quiénes son los “hambrientos”: son los que *tienen hambre y sed de justicia* (Mt.5,6), porque no confían en la propia justicia; son los que tienen los ojos fijos en Dios, sin mantener con todo las manos inactivas sino haciendo todo lo que está a su alcance por cumplir la voluntad del Padre y procurarse el alimento material si tienen necesidad también de él.

Esta humildad-pequeñez evangélica no excluye la magnanimidad; no contrae sino que dilata el corazón hasta a hacer decir a María: *En adelante, todas las generaciones me llamarán feliz... el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas*. Y fue así: todas las generaciones la llamaron feliz.

El *Magnificat* nos habla sobre todo de Dios, de su estilo, de su acción. ¿Dónde encontramos, en la liturgia de hoy, algo que hable de nosotros y para nosotros, algo que podamos hacer nuestro y llevar a cabo en la vida cotidiana? La aclamación en el Evangelio nos puso frente a la respuesta de María a la acción de Dios: *Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho*. En el trozo evangélico, Isabel declara bienaventurada a la Madre del Señor, justamente por ese “Yo soy la servidora” pronunciado en la Anunciación: *Feliz de ti por haber creído*. En el fondo de toda beatitud, está la de la fe: *Felices los que creen sin haber visto* (Jn. 20,29). Creer es confiar en Dios,

es confiarse a Dios; María se confió a Dios, sin “ver”, o sea sin comprender de golpe todo lo que estaba ocurriendo y adónde terminaría.

Si releemos con atención la segunda lectura, descubrimos que también nos habla de un “¡Heme aquí!”: *Aquí estoy yo vengo para hacer tu voluntad*. Nuestra redención se inicia con dos “¡Aquí estoy!” con dos “sí” dichos a Dios: el de Jesús y el de María; ellos interrumpieron, respectivamente, los dos “no” antiguos: el de Adán y el de Eva. El sí de María es radicalmente distinto del sí de Cristo: expresa sólo la humilde aceptación de la creatura y es fruto mismo del sí de Cristo. Sin embargo, misteriosamente, este sí que María pronuncia en nombre de todos nosotros también era indispensable porque expresa el consenso de la libertad humana que Dios respeta. Dios no nos quita la libertad, sino que la salva.

Decía hace un momento: algo que debemos hacer nosotros en las lecturas de hoy. Eso es precisamente el “¡Aquí estoy!” de María. Es la palabra más pequeña que podemos decir, ¡pero qué valiosa! Con ella decimos: Estoy aquí, estoy aquí para ti, ¿qué quieres que haga? Lo importante, con todo, no es decirlo sino ponerlo en práctica. ¿Cómo hacemos para decidir a Dios “¡aquí estoy!” con hechos? Obedeciendo minuto a minuto sus inspiraciones, o sea los impulsos e iluminaciones interiores del Espíritu Santo que, cuando estamos atentos, nos hace comprender qué quiere Dios de nosotros en esa precisa situación. Para María, decir “¡Aquí estoy!” significó levantarse e ir a reunirse rápidamente con la pariente necesitada de ayuda y aliento. Dios nos llama a toda hora del día, ya sea para dirimir una disputa o para prestar ayuda a alguien, o para recoger en oración, o para decir una palabra o callarla. Es necesario que nos acostumbremos a oír a Dios cuando pronuncia nuestro nombre, para responderle, como le respondía Samuel: *Aquí estoy porque me has llamado* (1 Sam. 3.8); sí, Dios mío, hago lo que me pides, voy adonde me mandas.

“*Feliz de ti por haber creído* —dijo—; pero felices también ustedes por haber oído y creído: porque cada alma que cree concibe y genera el Verbo de Dios” (san Ambrosio, *In Luc.* II. 26). Y ¡esa es nuestra verdadera Navidad! Si hay en nosotros esa disposición de fe y obediencia, entonces también todas las demás cosas bellas y delicadas que acompañan la fiesta de Navidad adquieren significado y alimentan la alegría. En caso contrario, son pobres sustitutos que no bastan para poner de fiesta el corazón de nadie, ni siquiera —contrariamente a lo que se piensa— el de los niños.

Cerremos nuestra reflexión volviendo a contemplar a María con el pensamiento. “La Virgen es el mismo camino real por el que llegó a nosotros el Salvador. Debemos tratar de ir hacia nuestro Salvador por el mismo camino por el cual él vino hasta nosotros” (san Bernardo, *Serm. de Adventu*, 5). Ahora mismo, en la Eucaristía, vayamos al encuentro de Jesús con aquella a través de la cual él vino a nosotros. El cuerpo de Cristo que recibimos es “el verdadero cuerpo nacido de María virgen”. “Que en cada uno es té el alma de María para cantar la grandeza del Señor; que en cada uno esté el espíritu de María para alabar a Dios” (san Ambrosio, *In Luc.* II,26).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de San Gregorio Barbarigo (22-XII-1985)

– El Señor está cerca

“¡El Señor está cerca!” (Flp 4,5). Con estas palabras nos saluda la Iglesia en la liturgia de los últimos días antes de Navidad. Estos son los días en los que la Iglesia fija la mirada particularmente en Aquél que debe venir la noche de Belén.

Hallamos su expresión en la liturgia del último domingo de este período.

A través de la lectura de la Carta a los Hebreos percibimos las palabras del Hijo de Dios: “Aquí estoy... Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo... Aquí estoy... ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad” (Hb 10,5,7).

En estas palabras, la venida de Dios en medio de los hombres toma la forma del misterio de la Encarnación. Dios ha preparado este misterio desde la eternidad, y ahora lo realiza. El Padre manda al Hijo. El Hijo acoge la misión. Por obra del Espíritu Santo se hace hombre en el seno de la Virgen de Nazaret. “Y el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14). El Verbo es el Hijo eternamente amado y eternamente amante. El amor significa la unidad de las voluntades. La voluntad del Padre y la voluntad del Hijo se unen. El fruto de esta unión es el Amor personal, el Espíritu Santo. El fruto del Amor personal es la Encarnación: “me has preparado un cuerpo”.

– Misterio de la Encarnación

“El Señor está cerca”. El Padre “ha preparado” al Hijo el “cuerpo humano” por obra del Espíritu Santo, que es Amor.

El misterio de la Encarnación significa una especial “efusión” de este Amor: descendimiento del Espíritu Santo sobre la Virgen de Nazaret. Sobre María.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios” (Lc 1,35).

El Espíritu Santo con su fuerza divina actúa ante todo en el corazón de María. De este modo la fuente del misterio de la Encarnación se hace la fe de Ella: obediencia de la fe. “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). En la Visitación –de la que habla el Evangelio de hoy–, Isabel alaba antes de nada la fe de María: “¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1,45).

En efecto, en la anunciación María pronuncia su “fiat” en la obediencia de la fe. Este “fiat” es el momento clave. El misterio de la Encarnación es misterio divino y al mismo tiempo humano. Efectivamente, Aquél que asume el cuerpo es Dios-Verbo (Dios-Hijo). Y al mismo tiempo el cuerpo que asume es humano. “Admirable commercium”.

En este momento, cuando la Virgen de Nazaret pronuncia su “fiat” (hágase en mí según tu palabra), el Hijo puede decir al padre: “Me has preparado un cuerpo”.

El Adviento de Dios se realiza también por obra del hombre. Mediante la obediencia de la fe.

La liturgia de hoy nos pone ante los ojos no sólo la eterna obediencia del Hijo: “Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad”, no sólo la obediencia de Aquella que ha sido elegida para ser su Madre terrena..., sino que nos pone ante los ojos también el lugar en el que se debe realizar el misterio de la Encarnación.

En el centro de la profecía de Miqueas aparece el topónimo: Belén. Este es precisamente el lugar en el que el Eterno Hijo debía por primera vez revelarse en el cuerpo humano. El Hijo de Dios como Hijo del hombre: Hijo de María.

El Profeta dice: “Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial” (Miq 5,1).

Dicho origen “desde lo antiguo”: de tiempo inmemorial (¡y sin comienzo!) es participado por el Hijo-Verbo. “Hasta el tiempo en que la madre dé a luz” (cfr. Miq 5,2) –anuncia posteriormente el Profeta– “y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel”.

– El Espíritu Santo y María

Este nacimiento humano del Hijo de Dios de la Virgen da comienzo al nuevo Israel: al nuevo Pueblo de Dios.

Será éste el pueblo de los “hermanos” de Cristo: de aquellos que mediante la gracia, nos convertiremos en “hijos en el Hijo”. Recibirán “poder para ser hijos de Dios”, como dirá San Juan en el prólogo de su Evangelio (cfr. Jn 1,12).

El lugar en el que todo esto se cumplirá: donde se cumplirá y al mismo tiempo se recordará siempre de nuevo en la historia de la salvación, es precisamente esa Belén de Efrata.

Cuando Cristo entró en el mundo dijo: “Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije...: Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad” (Hb 10,5-7).

El misterio de la Encarnación significa el comienzo del nuevo sacrificio: del perfecto sacrificio. El que es concebido en el seno de la Virgen por obra del espíritu Santo, que nace en la noche de Belén, es Sacerdote Eterno. Lleva al Sacrificio y realiza el Sacrificio ya en su Encarnación. Es decir, el Sacrificio que “es agradable a Dios”.

Agrada a Dios el sacrificio en el que se expresa toda la verdad interior del hombre: el sacrificio de la voluntad y del corazón. El Hijo de Dios asume la naturaleza humana, el cuerpo humano, precisamente para comenzar dicho sacrificio en la historia de la humanidad.

Lo realizará definitivamente mediante su “obediencia hasta la muerte” (cfr. Flp 2,8). Sin embargo, el comienzo de esta obediencia está ya en el seno de la Virgen María. Ya en la noche de Belén: “Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad”.

Al rodear al recién nacido, en la noche de Belén y durante todo el período de Navidad, demos desahogo a la necesidad de nuestros corazones.

Gocemos de esa alegría, que el tiempo de Navidad lleva consigo.

Cantemos “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama” (Lc 2,14).

Y sobre todo: aprendamos hasta el final la verdad contenida en este misterio penetrante: “Aquí estoy... ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad”.

Aprendamos del Hijo de Dios a hacer la voluntad del padre. En efecto, ésta es la vocación de los que se han convertido en “hijos en el Hijo”. Esta es vuestra vocación cristiana. Este es fruto del Adviento de Dios en la vida humana.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¿Quién se ha preparado y esperado con más amor que María la llegada a la Tierra de Jesús? Ella “le concibió en la mente antes que en su seno: precisamente por medio de la fe”, como enseña S. Agustín entre otros Santos Padres. María es el modelo para abrirse con fe al misterio de la

Encarnación del Hijo de Dios, fe que no es aparcarse la razón, pero sí el racionalismo. Hay que pedir al Señor este don a través de María.

“Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe” (Rom 16,26). María confió sin reservas en Dios y “se consagró totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo” (L. G. 56) desde el instante en que el ángel le expuso lo que Dios quería de Ella. Por ello Isabel, llena del Espíritu Santo, le dijo: “¡Dichosa tú que has creído!”.

Isabel tenía motivos para alabar la fe de María porque su marido, Zacarías, también recibió una comunicación de Dios a través del ángel, pero dudó de que, debido a su ancianidad y ante la esterilidad de su mujer, pudiera realizarse.

María no sólo cree sin vacilación en algo absolutamente increíble en aquel tiempo: dar a luz un hijo sin intervención de varón, sino que, al aceptar el plan de Dios, asume un riesgo gravísimo para su reputación e incluso para su vida, en una sociedad tan poco tolerante como la de entonces. El peligro de que la acusaran de adulterio y pudiera morir apedreada no puede descartarse. Nazaret era una aldea de pocos habitantes, donde todo el mundo se conocía. En esos lugares, donde suelen menudear las críticas, las pequeñas rencillas y donde no faltan los fanáticos, María, con su sí a Dios, exponía mucho.

“La fe de María puede parangonarse a la de Abraham, llamado por el Apóstol ‘nuestro padre en la fe’ (cf Rom 4,12)... Como Abraham, ‘esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones’ (cf Rom 4,18), así María, en el instante de la anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen (‘¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?’), creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel” (Juan Pablo II).

Necesitamos una fe más robusta, capaz de afrontar con éxito las distintas, y a veces graves, situaciones que se nos presentan a diario. La fe amplía nuestros conocimientos y agranda el corazón. La fe mueve montañas, ayudándonos a superar dificultades, penas y dolores. La fe da sentido a la vida y a la muerte, y es promesa de vida eterna. Pidamos a Dios, por intercesión de su Madre, lo que pedían los Apóstoles: “Señor, auméntanos la fe” (Lc 17,5).

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Enviad cielos vuestro rocío»

I. LA PALABRA DE DIOS

Mi 5, 2-5a: «De tí saldrá el jefe de Israel».

Sal 79, 2 y 3. 15-16. 18-19. «Oh Dios, restáuranos».

Hb 10, 5-10: «Aquí estoy para hacer tu voluntad».

Lc 1, 39-45: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?».

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Dios envió a su Hijo» pero para «formarle un cuerpo» quiso la libre cooperación de una criatura. Para esto desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo a una hija de Israel (488). A lo largo de toda la antigua alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres (489).

«La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina» (485).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«En verdad, Virgen Santísima, que tu alabanza supera toda alabanza, por haberse encarnado Dios en Ti...» Por Ti hoy llena de gracia, es conocida en la tierra la Trinidad beatísima (S. Pedro Damiano. Sermón 44; PL. 144, 738 ss.)

Dichosa María que unió virginidad, fecundidad y humildad. «Venerad, pues, los casados la integridad y pureza de aquel cuerpo mortal; admirad vosotras vírgenes consagradas, la fecundidad de la Virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios; honrad ángeles santos a la Madre de vuestro Rey...a cuya dignidad sea dada toda gloria y honor». (S. Bernardo. Homilía I, sobre el «Missus est»).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En el texto del Profeta Miqueas se anuncia al Mesías «Jefe de Israel» que «pastoreará con la fuerza del Señor» y realizará la unión de todos los hombres.

María, después del anuncio del Ángel, se entregó a Dios: «Hágase en mí según tu voluntad». Inmediatamente después: «fue a prisa a la montaña». Y se entregó al servicio de su prima.

El Hijo de Dios, encarnado ya en sus entrañas, dice al Padre: «Aquí estoy para hacer tu voluntad» ... conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del Cuerpo de Cristo (Segunda lectura). Se entregó al Padre y se hizo servidor de todos los hombres.

El «fruto bendito» del vientre de María llenó de Espíritu Santo a Isabel y a la criatura de su vientre, Juan. Lo cual nos estimula a pedir a Dios, contemplando a toda la humanidad, «Oh Dios, restáuranos que brille tu rostro y nos salve» (Sal 79). Que se muestre hoy al hombre el fruto bendito de la Virgen María.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

«El Espíritu Santo vendrá sobre tí»: 484-489.

La respuesta:

La oración de la Virgen María: 2617-2619.

C. Otras sugerencias

La celebración del IV Domingo de Adviento nos invita a prepararnos a la gran fiesta de Navidad unidos a María y con el mismo espíritu de adoración y alabanza que manifestó ella en el Magníficat.

Exige de nosotros, además, un compromiso para imitar el gesto de caridad que Ella tuvo con su prima Santa Isabel, en el día a día de nuestra existencia, haciéndonos solidarios de nuestros hermanos más necesitados.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Adviento, tiempo de esperanza

– **Santa María, Maestra de esperanza. Origen del desánimo y del desaliento. Jesucristo, el bien supremo.**

I. El espíritu del Adviento consiste en buena parte en vivir cerca de la Virgen en este tiempo en el que Ella lleva en su seno a Jesús. La vida nuestra es también un *adviento* un poco más largo, una espera de ese momento definitivo en el que nos encontraremos por fin con el Señor para siempre. El cristiano sabe que este *adviento* ha de vivirlo junto a la Virgen todos los días de su vida si quiere acertar con seguridad en lo único verdaderamente importante de su existencia: encontrar a Cristo en esta vida, y después en la eternidad.

Y para preparar la Navidad, ya tan cercana, nada mejor que acompañar en estos días a Santa María, tratándola con más amor y más confianza.

Nuestra Señora fomenta en el alma la alegría, porque con su trato nos lleva a Cristo. Ella es *Maestra de esperanza. María proclama que la llamarán bienaventurada todas las generaciones (Lc 1, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento –Judith, Ester, Débora– consiguieron ya en la tierra una gloria humana (...). ¿Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza*¹.

No cae en desaliento quien padece dificultades y dolor, sino el que no aspira a la santidad y a la vida eterna, y el que desespera de alcanzarlas. La primera postura viene determinada por la incredulidad, por el aburguesamiento, la tibieza y el excesivo apegamiento a los bienes de la tierra, a los que considera como los únicos verdaderos. El desaliento, si no se le pone remedio, paraliza los esfuerzos para hacer el bien y superar las dificultades. En ocasiones, el desánimo en la propia santidad está determinado por la debilidad del querer, por miedo al esfuerzo que comporta la lucha ascética y tener que renunciar a apegamientos y desórdenes de los sentidos. Tampoco los *aparentes* fracasos de nuestra lucha interior o de nuestro afán apostólico pueden desalentarnos: quien hace las cosas por amor a Dios y para su Gloria *no fracasa nunca: Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo – ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!*². *No has fracasado: has adquirido experiencia–. ¡Adelante!*³.

Dentro de pocos días veremos en el *belén* a Jesús en el pesebre, lo que es una prueba de la misericordia y del amor de Dios. Podremos decir: “En esta Nochebuena todo se para en mí. Estoy frente a Él: no hay nada más que Él, en la inmensidad blanca. No dice nada, pero está ahí... Él es Dios amándome”⁴. Y si Dios se hace hombre y me ama, ¿cómo no buscarle? ¿Cómo perder la esperanza de encontrarle si Él me busca a mí? Alejemos todo posible desaliento; ni las dificultades exteriores ni nuestra miseria personal pueden nada ante la alegría de la Navidad que ya se acerca.

– **El objeto de nuestra esperanza.**

¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 286.

² IDEM, *Camino*, n. 404.

³ *Ibidem*, n. 405.

⁴ J. LECLERQ, *Siguiendo el año litúrgico*, Madrid 1957, p. 78.

II. La esperanza se manifiesta a lo largo del Antiguo Testamento como una de las características más esenciales del verdadero pueblo de Dios. Todos los ojos están puestos en la lejanía de los tiempos, por donde un día llegaría el Mesías: “los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la Salvación, en la que, paso a paso, se prepara la venida de Cristo al mundo”⁵.

En el *Génesis* se habla ya de la victoria de la *Mujer* sobre los poderes del mal, de un mundo nuevo⁶.

El profeta Oseas anuncia que Israel se convertirá y florecerá en el amor antiguo⁷. Isaías, en medio de las decepciones del reinado de Ezequiel, anuncia la venida del Mesías⁸, Miqueas señalará a Belén de Judá como el lugar de su nacimiento⁹.

Faltan pocos días para que veamos en el *belén* a Nuestro Señor, *a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen cuidó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y lo señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su Nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza*¹⁰.

Jesucristo proclama, desde el pesebre de Belén hasta el momento de su Ascensión a los cielos, un mensaje de esperanza. Jesús mismo *es nuestra única esperanza*¹¹. Él es la garantía plena para alcanzar los bienes prometidos. Miramos hacia la gruta de Belén, “en vigilante espera”, y comprendemos que sólo con Él nos podemos acercar *confiadamente a Dios Padre*¹².

El Señor mismo nos señala que el objeto principal de la esperanza cristiana no son los bienes de esta vida, que *la herrumbre y la polilla corroen y los ladrones desentierran y roban*¹³, sino los tesoros de la *herencia incorruptible*, y en primer lugar la felicidad suprema de la posesión eterna de Dios.

Esperamos confiadamente que un día nos conceda la eterna bienaventuranza y, ya ahora, el perdón de los pecados y su gracia. Como una consecuencia, la esperanza se extiende a todos los medios necesarios para alcanzar ese fin. Desde este aspecto particular, también los bienes terrenales pueden caer en el ámbito de la esperanza, pero sólo en la medida y en la manera con que Dios los ordena a nuestra salvación.

Vamos a luchar, estos días y siempre, con todas nuestras fuerzas contra esas formas menores de desesperación que son el desánimo, el desaliento y el estar preocupados casi exclusivamente por los bienes materiales.

La esperanza lleva al abandono en Dios y a poner todos los medios a nuestro alcance, para una lucha ascética que nos impulsará a recomenzar muchas veces, a ser constantes en el apostolado y pacientes en la adversidad, a tener una visión más sobrenatural de la vida y de sus acontecimientos. “En la medida en que el mundo se canse de su esperanza cristiana, la alternativa que le queda es el materialismo, del tipo que ya conocemos; estoy nada más. Su experiencia del cristianismo ha sido

⁵ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 55.

⁶ Cfr. *Gen* 3, 15.

⁷ *Os* 2, 16-25.

⁸ *Is* 7, 9-14.

⁹ Cfr. *Miq* 5, 2-5.

¹⁰ Prefacio II de Adviento.

¹¹ Cfr. *1 Tim* 1, 1.

¹² *1 Tim* 3, 12.

¹³ *Mt* 6, 19.

como la experiencia de un gran amor, el amor de toda una vida... Ninguna voz nueva (...) tendrá ningún atractivo para nosotros si no nos devuelve a la gruta de Belén, para que allí podamos humillar nuestro orgullo, ensanchar nuestra caridad y aumentar nuestro sentimiento de reverencia con la visión de una pureza deslumbradora”¹⁴.

– **Confianza en el Señor. Nunca llega tarde para darnos la gracia y las ayudas necesarias.**

III. Escuchadme, los desanimados, que os creéis lejos de la victoria. Yo acerco mi victoria; no está lejos, mi salvación no tardará¹⁵.

Nuestra esperanza en el Señor ha de ser más grande cuanto menores sean los medios de que se dispone o mayores sean las dificultades. En cierta ocasión en que Jesús vuelve a Cafarnaúm, nos dice San Lucas¹⁶ que *todos estaban esperándole*. En medio de aquella multitud sobresale un personaje que el Evangelista destaca diciendo que era un *jefe de sinagoga* y pide a Jesús la curación de su hija: *se postró a sus pies*; no tiene reparo alguno en dar esta muestra pública de humildad y de fe en Él.

Inmediatamente, a una indicación del Señor, todos se ponen en movimiento en dirección a la casa de Jairo. La niña, de doce años, hija única, se estaba muriendo. Debe de estar ya agonizando. Precisamente entonces, cuando han recorrido una parte del camino, y al amparo de la multitud, una mujer que padece una enfermedad que la hace impura según la ley se acerca por detrás y toca el extremo del manto del Señor. Es también una mujer llena de una profunda humildad.

Jairo había mostrado su esperanza y su humildad postrándose delante de todos ante Jesús. Esta mujer pretende pasar inadvertida, no quería entretener al Maestro; pensaba que era demasiado poca cosa para que el Señor se fijara en ella. Le basta tocar su manto.

Ambos milagros se realizarán acabadamente. La mujer, en la que había fracasado la ciencia de tantos médicos, será curada para siempre, y la hija de Jairo vivirá plena de salud a pesar de que cuando llega la comitiva, después del retraso sufrido en el trayecto, haya muerto.

Durante el suceso con la hemorroisa, ¿qué ocurre con Jairo? Parece que ha pasado a segundo plano, y no es difícil imaginarlo un tanto impaciente, pues su hija se le moría cuando la dejó para buscar al Maestro. Cristo, por el contrario, no aparenta tener prisa. Incluso parece no dar importancia a lo que ocurre en casa de Jairo.

Cuando Jesús llega, la niña ya había muerto. Ya no hay posibilidad de salvarla; parece que Jesús ha acudido tarde. Y precisamente ahora, cuando humanamente no queda nada por hacer, cuando todo invita al desaliento, ha llegado la hora de la esperanza sobrenatural.

Jesús no llega nunca tarde. Sólo se precisa una fe mayor. Jesús ha esperado a que se hiciese “demasiado tarde”, para enseñarnos que la esperanza sobrenatural también se apoya, como cimiento, en las ruinas del esperar humano y que sólo es necesario una confianza sin límites en Él, que todo lo puede en todo momento.

Nos recuerda este pasaje nuestra propia vida, cuando parece que Jesús no viene al encuentro de nuestra necesidad, y luego nos concede una gracia mucho mayor. Nos recuerda tantos momentos junto al Sagrario en que nos ha parecido oír palabras muy semejantes a éstas: *No temas, ten sólo fe*.

¹⁴ R. A. KNOX, *Sermón sobre la Navidad*, 29-XII-1953.

¹⁵ Cfr. *Is* 46, 12-13.

¹⁶ *Lc* 8, 40-56.

Esperar en Jesús es confiar en Él, dejarle hacer. Más confianza, cuanto menores sean los elementos en que humanamente nos podamos apoyar.

La devoción a la Virgen es la mayor garantía para alcanzar los medios necesarios y la felicidad eterna a la que hemos sido destinados. María es verdaderamente “puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos”¹⁷. Pidámosle que sepamos esperar, en estos días que preceden a la Navidad y siempre, llenos de fe, a su Hijo Jesucristo, el Mesías anunciado por los Profetas. “Ella precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor (cfr. 2 Pdr 3, 10)”¹⁸.

Mons. Ramón MALLA i Call Obispo Emérito de Lleida (Lleida, España) (www.evangelinet.net)

¡Feliz la que ha creído!

Hoy es el último domingo de este tiempo de preparación para la llegada —el Adviento— de Dios a Belén. Por ser en todo igual a nosotros, quiso ser concebido —como cualquier hombre— en el seno de una mujer, la Virgen María, pero por obra y gracia del Espíritu Santo, ya que era Dios. Pronto, en el día de Navidad, celebraremos con gran alegría su nacimiento.

El Evangelio de hoy nos presenta a dos personajes, María y su prima Isabel, las cuales nos indican la actitud que ha de haber en nuestro espíritu para contemplar este acontecimiento. Tiene que ser una actitud de fe, y de fe dinámica.

Isabel, con sincera humildad, «quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: ‘(...) ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?’» (Lc 1,41-43). Nadie se lo había contado; sólo la fe, el Espíritu Santo, le había hecho ver que su prima era madre de su Señor, de Dios.

Conociendo ahora la actitud de fe total por parte de María, cuando el Ángel le anunció que Dios la había escogido para ser su madre terrenal, Isabel no se recató en proclamar la alegría que da la fe. Lo pone de relieve diciendo: «¡Feliz la que ha creído!» (Lc 1,45).

Es, pues, con actitud de fe que hemos de vivir la Navidad. Pero, a imitación de María e Isabel, con fe dinámica. En consecuencia, como Isabel, si es necesario, no nos hemos de contener al expresar el agradecimiento y el gozo de tener la fe. Y, como María, además la hemos de manifestar con obras. «Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (Lc 1,39-40) para felicitarla y ayudarla, quedándose unos tres meses con ella (cf. Lc 1,56).

San Ambrosio nos recomienda que, en estas fiestas, «tengamos todos el alma de María para glorificar al Señor». Es seguro que no nos faltarán ocasiones para compartir alegrías y ayudar a los necesitados.

¹⁷ SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Visita al Stmo. Sacramento*, 2.

¹⁸ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 68.